

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

- I Con especial gozo me dirijo de nuevo a todos, a cada una, a cada uno, en este tiempo de acción de gracias por la Beatificación de nuestro Padre, para que elevemos nuestros corazones a la Trinidad Santísima al cumplirse un nuevo aniversario de la fecha en la que Dios hizo ver al Beato Josemaría —¡qué alegría escribirlo!— que también las mujeres debían formar parte del Opus Dei; y de ese otro 14 de febrero, del que ahora celebramos los cincuenta años, en el que quiso *coronar su Obra con la Santa Cruz* ¹.

Cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El ²: dad gracias por

1. De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1944, n. 19.
LColos. III, 17.

todo, porque ésta es la Voluntad de Dios³. Para un alma que vive de fe, de esperanza y de amor, dar gracias a Dios es una necesidad imperiosa. Para ti y para mí, que hemos recibido la vocación a la Obra, es además *norma de siempre*, señal clara de que nos sabemos hijos de Dios, y reconocemos, con humildad y alegría, que todo lo que somos y poseemos de El procede, y que su Amor paterno, misericordioso y omnipotente, dispone y dispondrá siempre todas las cosas para nuestro bien: **omnia in bonum!**

Durante sus últimos años entre nosotros, nuestro Padre nos recordaba con mucha insistencia una exhortación de la Liturgia: **ut in gratiarum semper actione maneamus!** Y comentaba: *que estamos siempre en una continua acción de gracias a Dios, por todo: por lo que parece bueno y por lo que parece malo, por lo dulce y por lo amargo, por lo blanco y por lo negro, por lo pequeño y por lo grande, por lo poco y por lo mucho, por lo que es temporal y por lo que tiene alcance eterno*⁴. En cualquier circunstancia hemos de descubrir, hasta en lo que resulta más habitual, los designios

3.1 *Theos*. V, 18. Cfr. *Ephes*. V, 20.

4. De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

amorosos de Dios. ¡Cuánto más al conmemorar estas fechas en que la Providencia divina ha irrumpido en la historia de la Iglesia y de la humanidad entera con su misericordia inefable!

No le gustaba sin embargo a nuestro Padre hablar de sucesos extraordinarios. *La fundación del Opus Dei* —nos decía— *salió sin mí; la Sección de mujeres contra mi opinión personal, y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, queriendo yo encontrarla y no encontrándola. También durante la Misa. Sin milagrerías: providencia ordinaria de Dios. Para mí tan milagro que el sol salga y se ponga todos los días como que se detenga. Y más milagro es que salga y se ponga todos los días, según una ley impuesta por Dios, que ya conocemos los hombres*⁵.

Así, por procedimientos tan ordinarios, Jesús, Señor Nuestro, el Padre y el Espíritu Santo, con la sonrisa amabilísima de la Madre de Dios, de la Hija de Dios, de la Esposa de Dios, me han hecho ir para adelante siendo lo que soy: un pobre hombre, un borrico que Dios ha querido coger de su **mano: ut iumentum factus sum apud te, et ego semper tecum** (Ps. **LXXII**, 23)⁶.

5. De nuestro Padre, Tertulia, 14-11-1960.

6. De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

Providencia ordinaria de trascendencia extraordinaria, hijas e hijos míos. ¡Cuánto debemos agradecer el inmenso don que el Señor ha otorgado a su Iglesia en estas dos fechas fundacionales del Opus Dei, que coinciden significativamente en un mismo día, el 14 de febrero! Yo le pido a Dios que el aniversario que nos disponemos a celebrar grabe más profundamente en nuestras almas el propósito de caminar siempre en una constante acción de gracias a Dios. Gracias por su inmensa bondad y por su inmensa gloria. Gracias por habernos hecho hijos suyos y corrededores con Cristo. Gracias por su Santísima Madre, que es también Madre nuestra. Gracias, Señor, por haberte quedado en la Eucaristía y por la intimidad con que podemos tratarte. Gracias por el sacerdocio ministerial. Gracias por la Obra, que Tú has querido por amor a tu Iglesia. Gracias por nuestra llamada, que nos ha descubierto la dádiva incomparable de la vocación cristiana. Gracias por la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Gratias tibi Deus, gratias tibi...! Este es el modo propio, positivo y alegre, de conducirnos cara a Dios a toda hora en el Opus Dei.

Grabado en nuestras almas

- 2 Desde el 2 de octubre de 1928, nuestro Padre vio con claridad que eran necesarios los sacerdotes para la realización de la misión que Dios le había confiado. *En los primeros años de la labor acepté la colaboración de unos pocos sacerdotes, que mostraron su deseo de vincularse al Opus Dei de alguna manera. Pronto me hizo ver el Señor con toda claridad que —siendo buenos, y aun buenísimos— no eran ellos los llamados a cumplir aquella misión* ⁷. *Necesitábamos sacerdotes, que conocieran bien nuestra ascética peculiar y el modo apostólico de trabajar, que nos son propios; que amaran entrañablemente el carácter laical de vuestra vocación y de vuestra labor con las almas; necesitábamos sacerdotes que se hubieran alimentado del espíritu que Dios nos ha dado, que hubieran crecido en la Obra. Esos sacerdotes sólo pueden proceder de las filas de los socios laicos de la Obra* ⁸.

En los documentos presentados por nuestro Padre al Obispo de Madrid en 1941 para la primera aprobación, se declara que "quienes

7. De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1944, n. 9.

8. *Ibidem*, n. 10.

hagan estudios eclesiásticos y lleguen al sacerdocio después de ser socios del Opus Dei, no dejan por eso de pertenecer a la Obra"⁹, y que "cuando esto tenga lugar, se hará la oportuna reglamentación de los socios sacerdotes"¹⁰. Esas normas no eran algo hipotético, porque ya entonces don José María Hernández de Garnica, don José Luis Múzquiz y yo habíamos comenzado los estudios necesarios para recibir en su día la ordenación sacerdotal. Mientras tanto, nuestro Fundador buscaba la solución jurídica que permitiera dedicarnos, bajo su inmediata dirección, a la atención sacerdotal de los miembros de la Obra y de sus apostolados. *¿Qué podíamos hacer entonces, por nuestra parte, para resolver este asunto? No había, entre las existentes, ninguna fórmula jurídica que se acomodara — como un buen traje, a la medida— a las peculiaridades de nuestra Obra. Con una confianza total en que el Señor, como siempre, nos daría lo necesario para hacer su apostolado —el apostolado que El quería de nosotros—, yo rezaba y hacía rezar por esa intención, considerando aquellas palabras de la Escritura: para-*

9. Reglamenteo, art. 3.

10. Régimen, art. 7.

te viam Domini, rectas facite semitas eius (Xuc. ///, 4); *preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.*

Y al recordar la promesa divina —omnis vallis implebitur (Xuc. ///, 5), todo barranco será rellenado—, pensaba que eso teníamos ante nosotros: un barranco, un vacío, una laguna jurídica, muy comprensible, porque el ordenamiento canónico no había podido prever el fenómeno pastoral, sin precedentes, que presentaba el Opus Dei ⁿ.

- 3 Una vez más se cumplió la promesa de Nuestro Señor: **pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá**¹². Dios premió la oración intensa y perseverante de nuestro Padre —a la que nos uníamos sus hijas e hijos—, y la luz llegó el 14 de febrero de 1943, durante la celebración de la Santa Misa. *Pasaba el tiempo. Rezábamos. Los que iban a ser ordenados por primera vez como sacerdotes de la Obra, estudiaban con gran profundidad, poniendo toda su ilusión. Y un día, el 14 de febrero de 1943, celebrando yo en casa de mis hijas —en la calle de Jorge Man-*

11. De nuestro Padre, Carta, 14-11-1944, n. 11.

12. Luc. XI, 9.

rique—, después de la Comunión, ¡la solución que se buscaba!: Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz ¹³.

Las hermanas vuestras que estuvieron presentes en aquella Misa de nuestro Fundador, recuerdan con detalle que después de la acción de gracias, el Padre bajó a la primera planta —el chalet no era grande, pero tenía tres pisos— y entró en una pequeña habitación que había allí. Pidió unas cuartillas y pluma. «Pensamos que tendría que hacer alguna nota o escribir alguna carta. A los pocos minutos apareció de nuevo en el vestíbulo visiblemente emocionado. *Mirad* —nos dijo señalándonos una cuartilla en la que había dibujado una circunferencia y una cruz inscrita de proporciones especiales—. *Este será el sello de la Obra. El sello, no el escudo: el Opus Dei no tiene escudos. Significa el mundo y, metida en la entraña del mundo, la Cruz*».

Como en 1928 y en 1930, se trataba de una luz sobrenatural, que mostraba esta vez el camino para que el Opus Dei creciera y se desa-

13. De nuestro Padre, *Carta*, 29-XII-1947/14-II-1966, n. 159.

rollara como un miembro vivo del Cuerpo Místico de Cristo, una porción del Pueblo de Dios, formada por sacerdotes y laicos —mujeres y hombres—, en unidad inquebrantable, llamada a ser fermento de santidad y de unión en la Iglesia y en el mundo. Ese día, el Señor quiso mostrar a nuestro Padre incluso el sello de la Obra: *¡hasta esto vino!*¹⁴, comentaba años más tarde. Veo este detalle, y tantos de nuestra historia, como algo semejante a lo que hacen los notarios después de extender un acta: ponen su firma y sello para atestiguar la autenticidad del documento. O como San Pablo que, al terminar de dictar algunas de sus epístolas, añadía de su puño y letra —*scripsi mea manu*¹⁵, para dar fe de que todo era suyo. Así hizo el Señor con su Obra el 14 de febrero de 1943.

- 4 Recordando esta fecha, nuestro Padre escribía algunos años más tarde: *pensad en mi alegría al contemplar la solución para que mis hijos sacerdotes, cuya necesidad tanto se hacía sentir, pudieran dedicarse de lleno a los apostolados de*

14. *Ibidem*.

15. *Phile*, 19.

la Obra¹⁶. Bien grabada en la memoria conservo esa alegría de nuestro Padre cuando, al día siguiente —15 de febrero—, llegó a un hotelito modesto de El Escorial, cerca de Madrid, donde nos encontrábamos don José María, don José Luis y yo preparando exámenes de Teología. Enseguida reconocimos el ruido del coche, que nos resultaba tan familiar, porque el hotel se encontraba junto a la carretera, cerca de una encrucijada donde se divide en dos tramos, uno que va hacia el monasterio de El Escorial y otro hacia la sierra.

El Padre subió a nuestras habitaciones visiblemente contento, me llamó y nos explicó que quería hablar conmigo. Salimos y, paseando por aquellas carreteras, me contó lo que había sucedido el día anterior. Además de la alegría, advertí que nuestro Padre experimentaba un fuerte sentimiento de indignidad, casi diría de vergüenza, al confiarme esta inmensa gracia de Dios. Pero me narró con todo detenimiento, porque deseaba preparar enseguida los documentos oportunos para que los llevara a Roma, con el fin de presentarlos en la Curia y obtener la aprobación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

16. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 4.

Recuerdo que me enseñó su agenda, en la que había escrito, inmediatamente después de la Santa Misa: *En la casa de las chicas, en la Sta. Misa: "Societas Sacerdotalis Sanctae Crucis"*, y debajo el sello de la Obra, que después había dibujado también en el papel que le entregaron sus hijas: la Cruz en las entrañas del mundo.

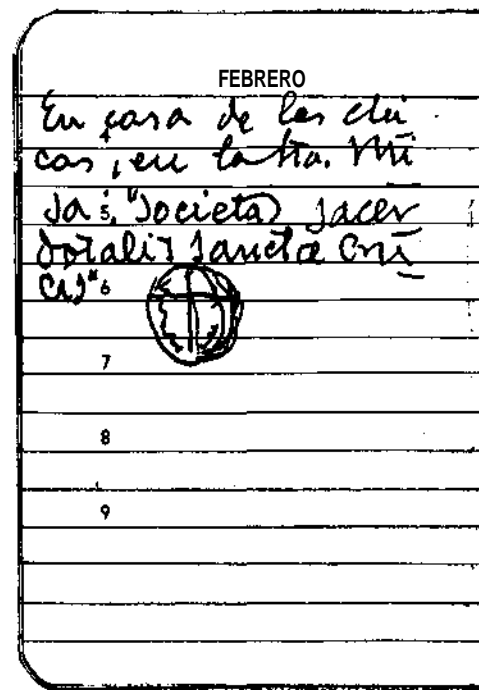
He rogado a las hermanas vuestras que trabajen en la imprenta de Villa Sacchetti, que produzcan aquí la hoja izquierda de la agenda, con las palabras del Padre y el primer dibujo del sello, que después fijó Ricardo Fernández Vallespín, siguiendo las indicaciones de nuestro Fundador, para que se representara del modo que ya conocemos. En la página derecha figuran únicamente, en caracteres impresos, el día de la semana —domingo— y el santo que se celebraba: San Valentín; lo demás está en blanco. Nuestro Fundador guardó la agenda en el mueble-fichero de su cuarto, en el Centro de Diego de León, y fue muy grande su alegría cuando años más tarde, en 1963, la encontraron al realizar un arreglo en ese mueble y la enviaron a Roma. Sé que os gustará mucho ver este documento, que gracias a Dios conservamos como una preciosa reliquia, y que os ayu-

dará a hacer oración cuando os lleguen estas líneas.

- 5 Muchos de vosotros habréis visto cómo se graba un sello en el lacre. Primero se calienta la pasta y después se marca la figura, haciendo presión con el cuño. De modo parecido ha procedido el Señor con nosotros al llamarnos a su Obra. Nos eligió desde antes de la creación del mundo, nos preparó concediéndonos todas las ayudas necesarias, dispuso mil pequeñas circunstancias en nuestra vida, con inmenso amor, para que un día descubriésemos la vocación; y entonces, cuando movidos por su gracia respondimos que sí —**ecce ego quia vocasti me**¹⁷— marcó definitivamente nuestras almas, manifestándonos: **tú eres mío**¹⁸, a ti te he llamado a ser santo con el espíritu del Opus Dei, para poner la Cruz en las entrañas del mundo. Vienen a mi memoria la fuerza y la emoción con que nuestro santo Fundador meditaba y comentaba esas palabras de la Escritura. De sus labios las hemos recogido tantos, y hemos procurado sacar las consecuencias, entre otras que la vocación nos une a Dios con la fuer-

17. IReg. 111,6.

18. Isai. XLIII, 1.



za de su Amor inmutable. Formulemos propósitos de no traicionar ese don divino, ni en lo grande ni en lo pequeño.

El sello de la Obra compendia el espíritu que Dios ha grabado en nuestros corazones. Su fundamento es el sentido de la filiación divina, y el quicio sobre el que gira, la santificación del trabajo

profesional y de toda la vida ordinaria. Al recibir la vocación a la Obra, han quedado como impresos, íntimamente unidos en nuestras almas los rasgos que representan, dentro de cada una y de cada uno, la huella de esas dos características esenciales de la llamada. *Quiero que todos mis hijos, sacerdotes y seglares* —escribió nuestro Fundador—, *grabéis firmemente en vuestra cabeza y en vuestro corazón algo que no puede considerarse en modo alguno como cosa solamente externa, sino que es, por el contrario, el quicio y el fundamento de nuestra vocación divina. En todo y siempre hemos de tener —tanto los sacerdotes como los seglares— alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical*¹⁹.

En el espíritu del Opus Dei, estos dos rasgos se encuentran inseparablemente unidos, como la Cruz en las entrañas del mundo. La Cruz nos recuerda que hemos de identificarnos con Cristo para corredimir con El: por tanto, que el alma de un hijo de Dios, sacerdote o laico, ha de ser, necesariamente, un *alma sacerdotal*. Y el mundo es para nosotros el *lugar* de esa identificación: la vida profesional, familiar y social, que todos, laicos y sacerdotes conjuntamente, tratamos de

19. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 1.

santificar, a través del ejercicio mismo de las actividades temporales o del sacerdocio ministerial, con *mentalidad plenamente laical*, sin confundir lo humano y lo divino pero sin separarlos, como no hay en Cristo confusión ni separación, sino íntima unión, entre su naturaleza humana y la divina.

Con alma sacerdotal

- 6 Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es el único Mediador entre Dios y las criaturas²⁰. Nosotros también somos mediadores, pero *en El* y en la medida que estemos unidos a El. Aunque somos pobres instrumentos, polvo de la tierra, hemos sido elevados a participar de la naturaleza divina²¹, porque Cristo «siendo Dios, se hizo hombre para que los hombres nos hiciéramos dioses»²². Nuestra existencia, toda nuestra conducta, debe ser reflejo de esta realidad. Hemos de ser muy humanos y muy de Dios: vivir, real y verdaderamente, *en el Cielo y en la tierra, siempre. No «entre» el Cielo y la tierra, porque so-*

20. Cfr. I *Tim.* II, 5.

21. Cfr. *UPetr.* 1,4.

22. San Atanasio, *Contra árlanos*, 1, 39: PG 26, 91.

*mos del mundo. En el mundo y en el Paraíso a la vez (•••), endiosados, pero sabiendo que somos del mundo*²³.

Para adentrarnos en el profundo contenido de estas palabras, que nuestro Padre pronunció pocas semanas antes de su marcha al Cielo, debemos considerar que la mediación de Cristo —de la que nosotros participamos— es una mediación sacerdotal. Nuestro Señor es el Sumo y Eterno Sacerdote porque se ofreció al Padre en el Sacrificio de la Cruz, para salvarnos. Un misterio de amor que no podemos comprender plenamente, y que hemos de adorar, agradecer y meditar, porque en ese holocausto se encierra el sentido de la vocación cristiana.

Cristo nos ha redimido obedeciendo, es decir, identificando perfectamente su voluntad humana con la Voluntad divina, porque **así como por la desobediencia de un solo hombre muchos resultaron pecadores, así también por la obediencia de uno solo muchos quedaron justificados**²⁴. ¡Cuántas veces lo repite el Señor! **Yo he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la**

23. De nuestro Padre, Meditación *Consumados en la unidad*, 27-111-1975.

24. Rom. V, 19.

voluntad de Aquel que me ha enviado²⁵; **no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió**²⁶; **mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra...**²⁷. Su paso por la tierra fue una constante identificación amorosa con el querer del Padre, en todos sus pensamientos y afectos, en cada una de sus acciones. Por eso fue íntegramente redentora: los años de trabajo escondido y de familia en Nazaret, la vida pública... hasta llegar a la Pasión, donde **experimentó por los padecimientos lo que significa obedecer**²⁸. El Calvario es la consumación de su obediencia, y por eso San Pablo condensa con precisión toda la vida del Maestro: **se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz**²⁹. El dolor y la muerte, que entraron en el mundo por la desobediencia del pecado, se han transformado así en medios para obedecer y para amar; lo que más se opone a los deseos de felicidad, se ha convertido en instrumento para alcanzarla; las cadenas de esclavitud, en arma para redimir a todos los hombres.

25. *Ioann.* VI, 38.

26. *Ioann.* V, 30.

27. *Ioann.* IV, 34.

28. *Hebr.* V, 8.

29. *Philip.* II, 7.

7 **Iesus Christus, eo quod maneat in aeternum, sempiternum habet sacerdotium**³⁰. ¡Cuánto le gustaba a nuestro Padre saborear estas palabras de la Escritura! El sacerdocio de Jesucristo es eterno, porque El permanece para siempre. Sentado a la derecha del Padre, conserva en su Humanidad Santísima las heridas de la Pasión, y vive eternamente para interceder por nosotros ofreciendo el Sacrificio que realizó **una sola vez**³¹.

Pero el Señor ha querido no sólo redimirnos, sino que fuéramos corredentores. En el Bautismo recibimos el don de la filiación divina, y nos ungieron con óleo para significar que recibíamos también una participación en el sacerdocio de Cristo. Por eso afirma San Agustín que «así como llamamos a todos cristianos en virtud del único crisma, así también llamamos a todos sacerdotes *porque son miembros* del único Sacerdote»³². Y nuestro Padre, al recordarnos esta realidad que deseaba grabar profundamente en nosotros, nos señalaba en qué se debe traducir: *hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para realizar cada una de*

30. Hebr. VII, 24 (Vg).

31. 1 Petr. III, 18. Cfr. Rom. VIII, 34; Hebr. VII, 25.

32. San Agustín, *De civitate Dei*, XX, 10: CCL 48, 720.

*nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios*³³.

Todos, en consecuencia, debemos tener *alma sacerdotal*, los sacerdotes y los laicos: también, ciertamente, las mujeres. ¡Con qué machaconería lo decía nuestro Fundador a sus hijas! Hasta el último día de su vida en esta tierra tornó a insistiros: *vosotras tenéis alma sacerdotal*³⁴. Sin duda dispuso Dios que nuestro Padre os lo comentara en la misma mañana de su tránsito al Cielo, como también fue designio suyo que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz naciera en un Centro vuestro y en un 14 de febrero. ¿No veis en todas estas circunstancias un signo de la Providencia divina para esculpir en vuestros corazones ese rasgo fundamental de nuestro espíritu? Mirad a María Santísima, a quien la Iglesia invoca como *Medianera de todas las gracias. y Madre de los sacerdotes*. Contempladla al pie de la Cruz, plenamente identificada con su Hijo. ¿Qué mayor ejemplo cabe de alma sacerdotal en una mujer?

8 El *alma sacerdotal* consiste en tener los mismos sentimientos de Cristo Sacerdote, buscando

33. £5 *Cristo que pasa*, n. 96.

34. De nuestro Padre, Tertulia en Villa delle Rose, 26-VI-1975.

cumplir en todo momento la Voluntad divina, y ofrecer así nuestra vida entera a Dios Padre, en unión con Cristo, para corredimir con El gracias a la acción del Espíritu Santo. Es preciso que nos decidamos a gastar nuestra existencia con este sentido sacerdotal, que «ofrezcamos a Dios todos los días nuestro ser con todas nuestras acciones»³⁵. *Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida*³⁶. Cuando se renueva el Sacrificio del Calvario, Cristo se ofrece en el altar con los miembros de su Cuerpo místico³⁷. Ahí adquieren nuestras obras valor de eternidad. Es el momento sublime en el que el alma sacerdotal puede volcarse en ímpetu de adoración, de acción de gracias, de reparación y de petición, y entregarse por entero a Dios Padre en unión con el Sacrificio de Cristo, renovando den-

35. San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 45, 23: PG 36, 655.

36. De nuestro Padre, Meditación *San José, Nuestro Padre y Señor*, 19-111-1968.

37. Cfr. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, nn. 10, 34.

tro de sí: *"nuestra" Misa, Jesús...*³⁸.

Amad mucho la Santa Misa, *centro y raíz* de la vida interior. Participad con la máxima intensidad en la Sagrada Liturgia, conscientes de que constituye «la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»³⁹. Considerad que la Liturgia es acción de todo el Cuerpo místico de Cristo, Cabeza y miembros, y que los fieles no deben asistir pasivamente, porque «concurren a la ofrenda de la Eucaristía»⁴⁰, en virtud de su participación en el Sacerdocio de Cristo, aunque de manera esencialmente diversa que los ministros sagrados. Por eso el último Concilio ha expresado el deseo de que «todos los fieles sean llevados a aquella participación plena, consciente y activa en las ceremonias litúrgicas, que exige la naturaleza misma de la Liturgia»⁴¹, y así tratamos de encarnarlo, porque no hay nada que se pueda comparar en esta tierra a la unión con Cristo en el Sacrificio del altar.

38. *Camino*, n. 533.

39. Conc. Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 10. Cfr. Juan Pablo II, Carta *Vicesimus quintus annus*, 4-XII-1988, n. 22.

40. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 10.

41. Conc. Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 14.

Preparad cada día la Santa Misa procurando encender en vuestros corazones el afán redentor que empujaba a exclamar a Cristo: **fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cómo me siento urgido hasta que se realice!**⁴²; un deseo incontenible de consumir el Sacrificio del Calvario, para que el Paráclito descienda sobre las almas y las inflame con el fuego de su amor, porque *como fruto de la Cruz, se derrama sobre la Humanidad el Espíritu Santo*⁴³. Pide al Señor que grabe en tu corazón sus mismos sentimientos: el afán ardiente de cumplir la Voluntad de Dios, que **quiere que todos los hombres se salven**⁴⁴, ¡tu sed de almas!, y por tanto, tu amor al sacrificio, a la Cruz.

El Tabor y el Calvario

- 9 Ahora que tanta gente sólo pretende oír hablar de bienestar y no de sacrificio, de rosas y no de espinas, es muy necesario que aireemos una

42. *Luc.* XII, 49-50.

43. *£5 Cristo que pasa*, n. 96.

44.1 *Tim.* II, 4.

advertencia que nuestro Fundador escribió en un antiguo documento. A quienes manifiestan su intención de pedir la Admisión en el Opus Dei, es importante *decirles con claridad que, al venir a la Obra, no van al Tabor: van al Calvario*⁴⁵.

Meditad el relato evangélico de la Transfiguración del Señor. **Maestro: ¡qué bien se está aquí! Hagamos tres tiendas...**⁴⁶, sugirió San Pedro cuando el Señor mostró a aquellos tres apóstoles por unos momentos el esplendor de su divinidad, en la cima del monte Tabor. Aún no comprendía Cefas que era preciso que Cristo padeciera por nosotros antes de entrar en su gloria⁴⁷, y que **non est discipulus super magistrum**⁴⁸, no está el discípulo por encima del maestro. Después sí que lo entendió —lo experimentó en su propia carne— y nos lo transmitió en una de sus cartas: **Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas**⁴⁹.

Al venir a la Obra no hemos venido al Tabor. Esa felicidad gloriosa nos la concederá Dios en el Cielo, si le hemos sido fieles en esta tierra, pero

45. De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 283.

46. *Marc.* Di, 5.

47. Cfr. *Luc.* XXIV, 26.

48. *Matth.* X, 24.

49.1 *Petr.* 11,21.

no antes. Tampoco hemos venido a la Obra para disfrutar de un pobre gozo terreno que se apoya frágilmente en el éxito humano o en el bienestar; y menos todavía de una satisfacción casi animal, como aquella a la que aspiraba ese necio de la parábola —así lo llama el Señor— que se decía: **descansa, come, bebe, pásalo bien**⁵⁰.

Jesús nos convoca en el Calvario, para que entreguemos la vida en corredención con El: **si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame**⁵¹. Este es el único camino para alcanzar la felicidad en el Cielo y en la tierra, pues **el que pierda su vida por mí** —promete el Señor—, **la encontrará**⁵². ¡Qué bien lo experimentó nuestro Padre! *Tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios (...). Vale la pena clavar-se en la Cruz, porque es entrar en la Vida, embriagarse en la Vida de Cristo*⁵³.

10 El Opus Dei —escribió nuestro Padre en sus

50. *Luc.* XII, 19.

51. *Matth.* XVI, 24.

52. *Ibid.*, 25.

53. De nuestro Padre, Meditación, 28-IV-1963.

*Apuntes íntimos—fomentará una espléndida floración de almas enamoradas del sacrificio*⁵⁴.

Tú y yo hemos de ser frutos de esa cosecha de almas sacerdotales que necesita el Señor, porque El —enseña San Agustín— «padeció una vez como Cabeza nuestra y padece ahora en sus miembros, es decir en nosotros mismos»⁵⁵. Tú y yo hemos de seguir las huellas del Señor tan fielmente que podamos afirmar, como el Apóstol: **completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia**⁵⁶.

¡Espíritu de sacrificio, de abnegación! Necesario para la santidad: ¿cómo no vamos a encontrar la Cruz en nuestro camino? Imprescindible para santificar el trabajo y todos los deberes de la vida ordinaria, que exigen esfuerzo, constancia, orden, reciedumbre. Indispensable en el apostolado, para implorar la gracia, como buenos instrumentos de Cristo. La fecundidad apostólica se alcanza si rezamos, si nos mortificamos y buscamos el trato con las personas. Y para extender el fuego de Dios, hay que vencer la comodidad, la dejadez, el «lo haré más tarde», «llamaré des-

54. De nuestro Padre, 24-VIII-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 242.

55. San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 61, 4: PL 36, 731.

56. *Colos.* I, 24.

pues», «se lo diré mañana». Nuestro Padre quiso que nos preguntáramos en el examen del Círculo: *¿he vivido el espíritu de sacrificio en el cumplimiento de los apostolados que por los Directores se me encomiendan?* Cuando la pereza o la desgana se insinúen, ¡ánimo!, pensad que el Señor os espera y, con buen humor, sabed engañar a *ese otro* que llevamos dentro —el *hombre viejo*— y concluid: «pensaré en mí después», «me ocuparé de mis cosas mañana...».

En pocas palabras, si deseáis conocer de veras en qué se nota el *alma sacerdotal*, os lo resumiré con nuestro Padre: *en no decir nunca «basta»*. No contestar «basta» al amor, no detenernos ante el sacrificio, como Cristo. Dios no pide el sacrificio por el sacrificio, sino por amor; nos urge a que identifiquemos nuestra voluntad con la suya: si no, ¿de qué sirven las renunciaciones? **Mejor es la obediencia que las víctimas**⁵⁷, puntualizó el profeta Samuel al rey Saúl, y «con toda razón —comenta un Padre de la Iglesia— se antepone la obediencia a las víctimas, porque por éstas se sacrifica la carne ajena, mas por la obediencia se inmola la propia voluntad»⁵⁸.

57. / *Sam.* XV, 22.

58. San Gregorio Magno, *Moralia*, 35, 14: PL 76, 765.

Lo que busca el Señor es que le demos nuestro corazón⁵⁹. Entonces se convierte en un altar⁶⁰, y el sacrificio se transforma en gustoso y alegre, aunque cueste, porque adquiere sentido y valor, como las gotas de agua que se unen al vino antes de la Consagración y llegan a fundirse con la Sangre de Cristo. Cuando media el amor, comprendemos que vale la pena entregar la vida por los demás, sin admitir ese «basta», porque *así se vive la vida de Cristo y nos hacemos una misma cosa con El*⁶¹.

Sacerdocio real

- 11 Cristo Sacerdote es también Rey del universo. Aunque **de momento no vemos aún que todo le esté sometido**⁶², en la Cruz ha vencido el pecado y, con la fuerza del Espíritu Santo, atrae todas las cosas hacia sí. Con su Sacerdocio conquista su Reino. Es Rey que gobierna y conduce a las almas al Cielo, como el Buen Pastor guía a sus ovejas.

Escribe un Padre de la Iglesia que «la señal

59. Cfr. *Prov.* XXIII, 26.

60. Cfr. San Gregorio Magno, *Moralia*, 25, 7, 15: PL 76, 328.

61. *Via Crucis*, XIV estación.

62. *Hebr.* II, 8.

de la cruz hace reyes a todos los regenerados en Cristo, y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes»⁶³. Y Santo Tomás afirma de modo rotundo: «todos los fieles cristianos, en cuanto son miembros de Cristo, se llaman sacerdotes y reyes»⁶⁴. El sacerdocio común que hemos recibido en el Bautismo es **real**, regio⁶⁵, porque al ofrecer a Dios lo que somos y tenemos, y al ofrecerle todas las actividades humanas nobles realizadas según el querer divino, somos reino de Cristo y reinamos con El.

Como ha enseñado el Santo Padre, los fieles «viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado»⁶⁶. ¡Qué bien nos lo hace comprender nuestra vocación! Estamos en la Obra porque hemos querido entregarnos completamente al Señor, con la ayuda de su gracia. En nuestro ánimo no puede haber sombras ni medias tintas, porque **nadie puede servir a dos señores**⁶⁷: o amor a Cristo y a las almas, o egoísmo;

63. San León Magno, *Sermo* 4, 1: PL 54, 149.

64. Santo Tomás, *De regimine principum*, c. 15. Cfr. *Apoc.* I, 6; V, 10; XX, 6.

65. *IPeír.* 11,9.

66. Juan Pablo II, *Exhort. apost. Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 14. Cfr. *Rom.* VI, 12.

67. *Matth.* VI, 12.

o calor o frío. No caben componendas, porque a los tibios —afirma la Escritura—, los vomitará Dios⁶⁸. Esto, que sabemos muy bien, es preciso que se traduzca en lucha concreta para que Cristo reine totalmente en nosotros.

Lucha positiva, porque no se trata sólo de evitar el pecado sino de crecer en el amor, más y más, hasta que todos los pensamientos, afectos e intenciones sean para Dios. Si al examinar tu entrega, piensas ¡cuánto queda aún por conquistar!, es señal de que vas bien, de que el Señor te concede sus luces y su gracia para luchar y vencer. Por eso nos indicaba nuestro Padre: *que estéis contentos. Yo lo estoy, aunque no lo debiera estar mirando mipobre vida. Pero estoy contento (...), porque sé que vosotros y yo veremos qué cosas hay que arrancar, y decididamente las arrancaremos; qué cosas hay que quemar, y las quemaremos; qué cosas hay que entregar, y las entregaremos*⁶⁹.

Sí, hay que arrancar y quemar las reacciones de soberbia, de pereza, de sensualidad, de amor propio...; a la vez, en el mismo instante, hay que

68. Cfr. *Apoc.* III, 16.

69. De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 62.

luchar para crecer en humildad, en laboriosidad, en las demás virtudes cristianas... y sobre todo en la caridad. Recordad la parábola: cuando un espíritu inmundo sale de un hombre, va errante por lugares áridos en busca de descanso, pero no lo encuentra. Entonces dice: volveré a mi casa, de donde salí. Y al llegar la encuentra desocupada, bien barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, con lo que la situación final de aquel hombre resulta peor que la primera⁷⁰. No tiene sentido pretender que el alma esté limpia y a la vez desocupada: no es posible. Por eso, cuando nuestro Padre nos advierte que es preciso *morir por la mortificación y la penitencia*, inmediatamente añade: *para que Cristo viva en nosotros por el Amor*⁷¹.

Para llenarnos de amor a Dios, conocéis muy bien el camino: las Normas de nuestro plan de vida. Cristo reinará en nuestras almas si las ponemos en primer lugar, por su amor; de lo contrario, reinará aquello a lo que hayamos dado preferencia, y en última instancia el amor propio. No puedo hablaros aquí de cada Norma en

70. *Matth.* XII, 43-45.

71. *Via Crucis*, XIV estación.

particular —¡todas son importantes!—, pero dejad que os insista en una que se dirige especialmente a quitar de nosotros todo lo que se opone al reinado de Cristo y a revestirnos de El⁷²: la Confesión. Agradeced al Señor el Sacramento de la Penitencia, procurad que muchas almas lo reciban, y acudid vosotros a esa cita con puntualidad —y siempre que lo necesitéis—, tras un examen profundo —llegando a la raíz de las faltas—, la contrición y el propósito de enmienda: de esa preparación —que no requiere de ordinario largo tiempo— depende en buena parte que obtenamos mucho fruto.

Extender el Reino de Cristo

- 12 Con el mismo empeño con que anhelamos que Cristo reine en nosotros, nos urge también que reine en todas las almas y en la sociedad entera. Nuestra alma sacerdotal debe albergar ese *afán de conquista* que hacía exclamar a nuestro Padre: *Regnare Christum volumus!* Por eso amamos con todas nuestras fuerzas a la Iglesia, que

72. Cfr. ÍOKI. XIII, 14. *Camino*, n. 310.

«constituye en la tierra el germen y el inicio» del Reino de Cristo⁷³, la familia de los hijos de Dios «reunida en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»⁷⁴. Dios nos llamó antes de la creación del mundo a ser «hijos en el Hijo»⁷⁵, y por eso escribe un antiguo autor cristiano, con gran belleza y profundidad, que la Iglesia «ha sido creada antes que el sol y la luna (...): existe desde el principio, y era espiritual como espiritual era el Señor Jesús, pero se manifestó visiblemente en los últimos tiempos para llevarnos a la salvación. Esta Iglesia que era espiritual se ha hecho visible en la carne de Cristo»⁷⁶. La unión con Cristo y la unión con la Iglesia coinciden totalmente. Extender el Reino de Cristo es atraer, unir a los hombres y mujeres a la Iglesia, para que haya un solo rebaño y un solo pastor⁷⁷.

En esta tarea, cada miembro de la Iglesia desempeña su función, y nosotros —tú y yo— la nuestra, maravillosa; una peculiar tarea pastoral que encierra la razón de ser de la Prelatura del

73. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 5.

74. San Cipriano, *De oratione dominica*, 23: PL 7, 966.

75. Conc. Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22. Cfr. *Ephes.* I, 5.

76. *Homilía de un autor del siglo II*, c. 13-14: Funk I, 160-161.

77. *Ioann.X*, 16.

Opus Dei: difundir la llamada universal a la santidad, entre las personas de todos los ámbitos de la sociedad, a través de la santificación del trabajo profesional y de los deberes familiares y sociales de la vida ordinaria⁷⁸. Con esta específica labor apostólica llevamos a cabo la misión de la Iglesia en el mundo. Es la tarea que Dios nos ha encomendado para extender el Reino de Cristo y ejercer la participación en su realeza que hemos recibido en el Bautismo. *Ser Opus Dei y hacer el Opus Dei*, hijas e hijos míos, es para nosotros el modo de *ser Iglesia y hacer la Iglesia*.

- 13 *Lo propio de nuestra vocación es la santificación del trabajo ordinario. Hacemos divinos todos los caminos de la tierra: Yo hice el cielo y la tierra; y te doy este mismo poder, para que hagas que la tierra se convierta en cielo (San Juan Crisóstomo, In Genes, hom.j. No hay en la tierra una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar. No hay ningún trabajo que no debamos santificar y hacer santificante y santificador, que no pueda estar com-*

78. Cfr. Juan Pablo II, Const. apost. *Ut sit*, 28-XI-1982: AAS 75 (1983) p. 423. *Codex iuris particularis Operis Dei*, n. 2.

prendido en la consecratio mundi. Esa es la entraña de la Obra, hijos míos⁷⁹. La llamada que nos ha dirigido Dios nos exige ir por todos los caminos de la tierra, para convertirlos en caminos del Señor; tomar parte, como ciudadanos corrientes del mundo, en todas las actividades temporales, para ser levadura (cfr. Matth. XIII, 33) que ha de informar toda la masa (cfr. I Cor. V, 6). Pero, con el fin de que sea fecunda nuestra labor apostólica, necesitamos también tener mentalidad laical, puesto que, para que sea eficaz, la levadura tiene que penetrar, que desaparecer en la masa de la sociedad humana, con naturalidad⁸⁰.

La mentalidad laical nos mueve a participar, con libertad y responsabilidad personales, en las actividades humanas rectas, y a estar en el mundo como pez en el agua, aunque muchas veces el agua no sea limpia: también por eso nos ha llamado Dios ahí, para que la purifiquemos. Llevamos muy dentro del alma todos los afanes humanos nobles, y nos resulta extraña esa visión espiritualista que tiende a separar más o menos

79. De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 17.

80. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 12.

radicalmente, en la vida personal y en el apostolado, lo divino y lo humano, la búsqueda del Reino de Dios y el progreso temporal. Sabemos que *humanamente el trabajo es fuente de progreso, de civilización y de bienestar. Y los cristianos tenemos el deber de construir la ciudad temporal*⁸¹. Pero al mismo tiempo, no compartimos, porque no es cristiana, esa otra visión chata del humanismo filantrópico, laicista, que pretende organizar el mundo prescindiendo de Dios y acaba pisoteando hasta los valores humanos más fundamentales.

La verdadera mentalidad laical de un hijo de Dios —inseparable del alma sacerdotal, por su calidad cristiana—, impulsa a trabajar bien, con profesionalidad, para ofrecer al Señor esa precisa tarea con la que se edifica cristianamente la sociedad humana. Nos empuja a descubrir en las actividades rectas la materia de nuestra santificación y el campo de nuestro apostolado: un terreno aparentemente baldío, que se transforma en fértil por la gracia del Cielo, cuando lo cultivamos con los medios que el Señor nos ha señalado: el trato personal de amistad y de confianza

81. De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 17.

—clave de la auténtica eficacia apostólica—, que nos permite contagiar a otras almas el amor a Dios que late en las nuestras; y los medios de formación específicos de las labores de San Rafael y de San Gabriel, punto focal en el que debe confluir nuestro esfuerzo. Somos bien conscientes de la importancia capital de toda esta tarea dentro de la misión de la Iglesia, y con tal convicción, cada uno emprende las iniciativas que le parecen más oportunas para realizarla, dando cuenta en la dirección espiritual. De ahí lo que repetía nuestro Padre: *libertad, hijos míos, libertad, que es la clave de esa mentalidad laical que todos tenemos en el Opus Dei*⁸².

- 14 El alma sacerdotal que informa nuestra vocación, unida a la mentalidad laical, no nos permite quedarnos pasivos o mirar al mundo desde fuera; no se detiene en un falso espíritu de víctima —la única Víctima es Cristo—, ni se conforma con ofrecerse a sí misma, sino que, por el holocausto del Señor que ha restaurado todas las tareas nobles de este mundo, vibra con el afán de elevar la entera creación a la Santísima Trinidad,

82. De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 55.

empleando las energías de la libertad, en el trabajo y en el apostolado, para poner la Cruz de Cristo en las entrañas del mundo.

Por eso, hijas e hijos míos, empuje, iniciativa. Dios cuenta con nuestra libertad y responsabilidad personales, con nuestra mentalidad laical. Nos pide que seamos como la sal, que se difunde por todo el alimento y no se queda formando un terrón, un grumo. Nos quiere en todas partes, cada uno en su sitio, para transmitir sabor —tono cristiano— al ambiente que nos rodea.

Pensad, pues, en las posibilidades que os ofrece vuestra tarea profesional para informar cristianamente la sociedad, y sacadles partido. Considerad las oportunidades que —como los demás ciudadanos, vuestros iguales— tenéis de influir en la vida pública, a cualquier nivel, y aprovechadlas. Percataos de la importancia de trabajar —en uso de vuestra libertad y con la consiguiente responsabilidad personal— en organismos nacionales e internacionales, desde los que se pueden promover los valores cristianos de la familia, la educación, la defensa de la vida humana, y tantas cuestiones que es preciso orientar según la doctrina de la Iglesia. Si vuestra profesión está relacionada de algún modo con los medios de comunicación —la prensa, la televi-

sión...—, fijaos en la repercusión apostólica que alcanzarán si, a la vez que cumplen su fin informativo o cultural, llevan la impronta de vuestra unidad de vida.

Quienes estáis realizando estudios universitarios, al advertir este inmenso panorama de poner a Cristo en la entraña de todas las actividades de los hombres, esforzaos en dar lo mejor de vosotros mismos, con la santa ambición de llegar, por amor a Dios, más lejos de lo que otros llegan movidos por ambición humana, o por un ideal noble pero sólo terreno; y tened el afán de acercar a Dios a quienes os rodean: a todos, sí, pero con la certeza de que lo necesitan más aquellos que, por haber recibido diez talentos, mayor es su responsabilidad y el Señor les pedirá más fruto.

- 15 Dejad que continúe, sin buscar un orden, escribiéndoos lo que me pasa por la cabeza y por el corazón. Para cristianizar la sociedad hay que reforzar los cimientos: la familia. ¡Cuánto estáis haciendo ya, y cuánta tarea nos aguarda! Considerad, los que habéis sido llamados por el camino del matrimonio, que con vuestra vocación debéis dar mucho ejemplo. Os consta que los hijos son un maravilloso don de Dios y los recibís con alegría, mientras que otros —que se niegan a

portarse como cristianos, o que carecen de formación— los juzgan una carga y los evitan. Ellos aspiran a menos y vosotros a más. Pues ¡adelante!, acoged sin miedo esa prueba de confianza del Cielo, que así crece la Iglesia, se propaga el Reino de Cristo y surgen en las almas de los hijos, por la gracia divina y el clima de amor y de sacrificio alegre que se palpa en vuestros hogares, tantos afanes de responder plenamente a la vocación cristiana y tantas decisiones santas que son espejo de vuestra entrega. El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* señala una vez más lo que ha enseñado siempre el Magisterio: que «las familias numerosas son un signo de la bendición divina y de la generosidad de los padres»⁸³. Alimentad, pues, la ilusión de formar una familia numerosa, si Dios os la envía.

Y después, ocupaos de los colegios que promovéis, junto con otros padres, para que vuestros hijos y los hijos de los demás, se formen con una educación digna de la persona humana y del cristiano. Es una labor de trascendencia extraordinaria. Lo sabéis vosotros y lo saben también —vamos a decirlo sin eufemismos— los

83. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2373. Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, n. 50.

enemigos de la Iglesia. No hay que sorprenderse: es una confirmación de que vale la pena empeñarse en esa labor y extenderla con santa audacia.

He mencionado el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* y no quiero seguir adelante sin invitáros a dar muchas gracias a Dios, y también al Romano Pontífice Juan Pablo II, por este instrumento formidable para extender el Reino de Cristo. En estos tiempos en que la Iglesia «está llamada a un nuevo esfuerzo de evangelización»⁸⁴, la Providencia divina ha dispuesto que contásemos con este Catecismo como «norma segura para la enseñanza de la fe»⁸⁵. ¡Qué alegría para nosotros, que tenemos como *pasión dominante* el afán de dar doctrina! Además de estudiarlo, procurad difundirlo por todas partes. Dice un Padre de la Iglesia que «siendo Cristo el sol de justicia, con razón llama a sus discípulos luz del mundo; a través de ellos, como brillantes rayos, difunde por el mundo entero la luz de su conocimiento»⁸⁶. Pongamos, pues, los medios para que este intenso haz de luz que es el nuevo Catecismo brille en nosotros e ilumine a un gran número de almas.

84. Juan Pablo II, Const. apost. *Fidei depositum*, II-X-1992, n. 5,
85. *Ibid.*, n. 4.

86. San Cromado de Aquileia, *Tractatus in Evangelium Matthei*, 5, 1: PL20, 340.

Con alma sacerdotal y mentalidad laical

16 Para realizar la misión que Dios nos ha encomendado es muy importante comprender que así como la libertad adquiere su sentido si va unida a la aceptación de los planes del Señor, a la obediencia, así también la mentalidad laical propia de nuestro espíritu cobra pleno valor sólo si está informada por el alma sacerdotal. Vosotros sois la sal de la tierra, dice el Señor. Pero si la sal se vuelve insípida ¿con qué se salará?⁸⁷.

En los últimos años os he hablado frecuentemente de que desaparecer como la levadura, como la sal, no consiste en mimetizarse con el ambiente, como los camaleones. Naturalidad significa comportarnos como lo que somos, cristianos, sin temor a chocar con el entorno cuando es pagano⁸⁸. Me urge insistiros en esto, y traeros a la memoria las recomendaciones que hacían los Apóstoles a los primeros cristianos: ¡guardaos de los ídolos!⁸⁹, no andéis como los paganos (...), los cuales, insensibilizados, se entregaron a la

87. *Matth.* V, 13.

88. Cfr. *Camino*, n. 380.

89. *1 Ioann.* V, 22.

perversión para obrar con avidez todo género de impurezas⁹⁰.

Hoy, hijas e hijos míos, la situación no se presenta distinta. Este nuevo paganismo que ha crecido como la cizaña en tantos países, esta especie de *paganismo ilustrado* que se encubre y disfraza con paños de ciencia y de libertad, se desarma con el ejemplo de vuestra vida coherente. Con naturalidad cristiana, sin ostentaciones, hemos de cuidar que la templanza, la sobriedad y el espíritu de pobreza no se desvirtúen por las presiones del ambiente; y hemos de llevar la visión cristiana a una sociedad que, en tantos lugares, se caracteriza por el hedonismo y el materialismo práctico.

Al comenzar este año, el Papa ha exhortado una vez más a «contener la avalancha de las necesidades artificiales: *la moderación y la sencillez deben llegara serlos criterios de nuestra vida cotidiana*»⁹¹. Los cristianos, por tanto, en lugar de ceder, hemos de reparar y desagraviar al Señor, con alma sacerdotal; en lugar de enfriarnos, encendernos y encender a los demás. Con una au-

90. Ephes. IV, 17-19.

91. Juan Pablo II, *Mensaje para la celebración de la jornada mundial de la paz*, 1-1-1993, n. 5.

téntica vida de oración, con el cumplimiento fiel de las Normas, descubriremos enseguida cualquier síntoma de aburguesamiento, de falta de rectitud, en uno mismo o en los demás, y sabremos cortarlo, empleando cuando sea preciso ese medio estupendo, con raíz evangélica, de la corrección fraterna. Así no nos deslizaremos, ni nos absorberá ese clima de alejamiento de Dios.

- 17 Amamos el mundo, pero no lo adoramos como a un ídolo, ni nos sometemos a sus dictados, sino que deseamos ofrecerlo a Cristo. El cristiano es *un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios*⁹². Hemos de pedir al Espíritu Santo que inflame ese afán dentro de nosotros. No me olvidéis que, en medio de la sociedad corrompida en que vivían los primeros cristianos, **la Iglesia crecía con el consuelo del Espíritu Santo**⁹³, y moveos con la certeza de que ahora —como tantas veces insistía nuestro queridísimo Padre— **non est abbreviata manus Domini**⁹⁴, no se ha empequeñecido el poder de Dios. El Paráclito continúa derra-

92. £5 *Cristo que pasa*, n. 99.

93. Acf. IX, 31.

94. /s. LIX, 1.

mando abundantemente su gracia, y nos concederá una fecundidad apostólica cada vez mayor, si somos fieles. Por eso afirmaba nuestro santo Fundador que estos tiempos, en los que ha prosperado el mal, son también muy buenos: son tiempos de gracia, de santidad heroica.

Mantened en vuestra alma esa vibración de amor y de deseos de fidelidad que llevaba a escribir a nuestro Fundador: *me hace temblar aquel pasaje de la segunda epístola a Timoteo, cuando el Apóstol se duele de que Demás escapó a Tesalónica tras los encantos de este mundo... Por una bagatela, y por miedo a las persecuciones, traicionó la empresa divina un hombre, a quien San Pablo cita en otras epístolas entre los santos.*

*Me hace temblar, al conocer mi pequeñez; y me lleva a exigirme fidelidad al Señor hasta en los sucesos que pueden parecer como indiferentes, porque, si no me sirven para unirme más a El, ¡no los quiero!*⁹⁵. Hijas e hijos míos, encarnad en vuestra conducta estas palabras. Permaneced alerta, exigiéndoos en los detalles de sobriedad, de pobreza, de desprendimiento. No os dejéis engañar por el diablo cuando os sugiere

95. Surco, n. 343.

que una determinada postura mundana en las relaciones profesionales y sociales es manifestación de mentalidad laical. **Sed sobrios y vigilad, pues vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar**⁹⁶.

Cultivad la valentía de renunciar a cosas buenas en sí mismas, pero que en una determinada situación, aquí y ahora, no os sirven para uniros más al Señor. Fijaos en que Dios, después de crear a nuestros primeros padres, les mandó que no comieran del fruto de un árbol del Paraíso. San Agustín, comentando este pasaje de la Escritura, explica que «no era nocivo aquel árbol por su alimento; pues el que hizo todas las cosas sobremanera buenas, no instituyó en el paraíso ninguna cosa mala, sino que el mal para el hombre provino de la transgresión del precepto. Pues convenía al hombre que se le prohibiera alguna cosa, para que, colocado bajo el Señor Dios, pudiera de este modo, con la virtud de la obediencia, merecer la posesión de su Señor»⁹⁷.

Fijemos también en nuestra vida, de acuer-

96. 1 Petr. V, 8.

97. San Agustín, *De Genesi ad litteram*, 8, 6, 12: PL 34, 377.

do con quienes dirigen nuestra alma, *algún árbol* del que voluntariamente no tomemos su fruto. Ya me entendéis lo que digo. El Señor no nos prohíbe ningún alimento, ni nada semejante. Pero resulta muy saludable que, por Amor, sepamos prescindir de satisfacciones lícitas, diversas en cada uno, de modo que actuemos siempre con el señorío y la libertad de los hijos de Dios, que no están maniatados por el uso de los bienes terrenos, sino que buscan agradar en todo a su Padre Dios. Obrar así no os aparta del mundo y, en cambio, os permite conservar en el alma el calor y la luz de Cristo para difundirlos a vuestro alrededor.

Ya San Pablo tuvo que salir al paso de los que querían conducirse mundanamente y se excusaban alegando: **«todo me es lícito»**. El Apóstol les aclara: **sí, pero no todo conviene**. **«Todo me es lícito», pero no me dejaré dominar por nada**⁹⁸. Y en pocas palabras enseña, con su ejemplo personal, cuál debe ser la actitud de un hijo de Dios ante los bienes de esta tierra: **el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo** ".

98.1 Cor. VI, 12.
99. Galat. VI, 14.

Reino de justicia y de amor

18 Recientemente, el Romano Pontífice ha puesto de relieve una realidad que todos contemplamos: «en los países industrializados la gente está dominada hoy por el ansia frenética de poseer bienes materiales (...), y la afanosa búsqueda de bienestar impide ver las necesidades de los demás»¹⁰⁰. Los dos fenómenos marchan unidos, como ocurre también —así debe suceder en nuestras vidas— con sus contrarios: el desprendimiento personal y la atención a las necesidades del prójimo.

Se trata de una exigencia de nuestra fe, en la que me detengo en estos párrafos. Concretamente, como enseña Juan Pablo II, la realeza cristiana —«sa participación en la soberanía de Cristo, el Gran Rey— se debe manifestar «en la entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños»¹⁰¹; es decir, en los que con nosotros conviven y en los pobres,

100. Juan Pablo II, *Mensaje para la celebración de la jornada mundial de la paz*, 1-1-1993, n. 5.

101. Juan Pablo II, Exhort. apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 14. Cfr. *Matth.* 25,40.

los enfermos y los necesitados en el alma o en el cuerpo, que precisan especial atención. Esta exigencia se ilumina intensamente a la luz de la unión entre alma sacerdotal y mentalidad laical, que os estoy comentando.

Considerémoslo deteniéndonos un momento en la parábola del buen samaritano. Repasemos la escena que describe el Señor: **un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto**¹⁰². En este hombre podemos ver una imagen de Cristo, despojado, maltratado y herido injustamente por nuestros pecados. El mismo ha querido padecer y nos ha mostrado el gran valor redentor que puede alcanzar el sufrimiento ofrecido con alma sacerdotal. A la vez nos ha enseñado que debemos verle en quienes padecen necesidad: **tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis**¹⁰³.

102. *Luc.* X, 30.

103. *Matth.* XXV, 35-40.

19 Sigamos leyendo: por allí pasaron de largo, indiferentes, un sacerdote y después un levita, **pero un samaritano que iba de camino se llegó hasta él, y al verle se lleno de compasión. Se acercó, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino, y montándole sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada**¹⁰⁴. Detuvo su viaje, cambió sus planes, le dedicó su tiempo, empleó los medios a su disposición. También el samaritano es imagen de Cristo, modelo de alma sacerdotal, porque el dolor no es sólo medio de santificación en quien lo padece, sino en quien se compadece del que sufre y se sacrifica por atenderle. *Jesús vino a la tierra para padecer..., y para evitar los padecimientos —también los terrenos— de los demás*¹⁰⁵ escribió nuestro Padre.

Después, una vez que ha trasladado personalmente el enfermo a la posada, ¿qué hace el samaritano? **Sacando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta**¹⁰⁶: prosigue su camino, porque le incumben otros deberes que no puede descuidar. No es una disculpa, no es una evasión, no

104. *Luc.* X, 33-34.

105. *Forja*, n. 1044.

106. *Luc.* X, 35.

haría bien si permaneciera más tiempo: sería sentimentalismo, desatendería otras obligaciones. La misma caridad que le ha impulsado a detenerse, le mueve a continuar su viaje. Es Cristo quien nos ofrece el ejemplo.

Un cristiano nunca puede cerrar los ojos ante la indigencia del prójimo. Ciertamente no lo puede hacer ante la miseria moral de tantos y tantos con el alma maltrecha, peor que el cuerpo de aquel malherido. Pero tampoco ante las necesidades materiales, porque **quien poseyendo bienes de este mundo, ve a su hermano necesitado y le cierra el corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?**¹⁰⁷. El espíritu de la Obra nos impulsa a buscar constantemente el trato filial con Dios, y ese amor dilata las pupilas de nuestros ojos permitiéndonos reconocer a Cristo en los que sufren, y enciende en nuestros corazones el deseo de volcarnos en obras de misericordia, silenciosamente, sin aparato.

No sólo llevamos muy dentro del alma las necesidades materiales del prójimo, sino que procuramos inculcar este afán en quienes nos rodean, para que no se conduzcan de modo

107.1 *Ioann.* III, 17.

egoísta, de espaldas al dolor, a la soledad o a la miseria. Es algo que está en la entraña del espíritu de la Obra, hasta el punto de que las visitas a los pobres y enfermos forman parte integrante e importantísima de la labor de San Rafael. Como nuestro Padre, os he animado a multiplicarlas, y ahora os insisto de nuevo, aunque me consta que no hago más que secundar vuestro deseo de practicar esta obra de misericordia, que lo es por doble motivo: por la atención a los pobres y enfermos que atendéis, y por la ayuda espiritual que supone para vosotros mismos y para quienes os acompañan en esos momentos, de los que tantas veces se sirve el Señor para cambiarnos el **corazón de piedra** por un **corazón de carne**¹⁰⁸, capaz de amar y de entregarse más.

- 20 El afán de atender y remediar en lo posible las necesidades materiales del prójimo, sin descuidar las demás obligaciones propias de cada uno, como el buen samaritano, es algo característico de la fusión entre alma sacerdotal y mentalidad laical. Lo que Dios nos pide, en primer término, es que santifiquemos el trabajo profe-

108. Cfr. *Ezech.* XI, 19.

sional y los deberes ordinarios. En medio de esas actividades, permite que os encontréis con la indigencia y el dolor de otras personas; entonces, señal clara de que realizáis vuestras tareas con alma sacerdotal, es que no pasáis de largo, indiferentes; y señal no menos clara es que lo hacéis sin abandonar los demás deberes que tenéis que santificar. *Ahora no sería bueno* —decía nuestro Padre en 1972— *que repitierais lo que hice yo, durante tantos años, con los primeros: ir por los hospitales, para atender a los enfermos, limpiarles, lavarlos. A eso tuve que renunciar porque no era compatible con esta otra labor que es el trabajo que el Señor me pide ahora. Y vosotros igual: al elegir santificaros en el lugar donde el Señor os ha puesto, tenéis que prescindir de otras cosas buenas, pero que ya no son vuestro camino*¹⁰⁹.

Dios quiere que permanezcáis en vuestro lugar. Desde ahí, podéis realizar —estáis realizando— una labor colosal en beneficio de los pobres e indigentes, de los que padecen ignorancia, soledad y dolor —en tantas ocasiones a causa de la injusticia de los hombres—, porque al buscar la

109. De nuestro Padre, Tertulia, 21-VI-1972.

santidad con todas vuestras fuerzas, santificando el trabajo profesional y las relaciones familiares y sociales, contribuís a informar la sociedad humana con el espíritu cristiano¹¹⁰. No me refiero sólo a quienes ocupáis puestos de relieve en los ambientes económicos, políticos y sociales; pienso en todas las hijas y en todos los hijos de nuestro Padre que, al convertir en oración su trabajo y su jornada entera —quizá tareas sin brillo, como la labor y la vida de la Virgen y de San José—, estáis poniendo al Señor en la cima de las actividades humanas, y El —no lo dudéis— atraerá todas las cosas hacia sí, saciando vuestra **hambre y sed de justicia**¹¹¹.

- 21 Meditemos también el final de la parábola. Para ocuparse del herido, el samaritano recurrió también al mesonero. ¿Cómo se hubiera desenvuelto sin él? Nuestro Padre admiraba la figura de este hombre —el dueño de la posada— que pasó inadvertido, hizo la mayor parte del trabajo y actuó profesionalmente. Al contemplar su conducta, entended, por una parte, que todos podéis

110. Cfr. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 31. *Wl. Matth.* V, 6.

actuar como él, en el ejercicio de vuestro trabajo, porque cualquier tarea profesional ofrece de un modo más o menos directo la ocasión de ayudar a las personas necesitadas. Ciertamente lo permite la tarea de un médico, de un abogado, o de un empresario que no cierra lo ojos ante las necesidades materiales que la ley no le obliga a atender, porque sabe que le obligan la justicia y el amor; pero también la de un oficinista, un trabajador manual o un agricultor que encuentra el modo de servir a los demás, quizá en medio de grandes estrecheces personales. Sin olvidar—in-sisto de nuevo— que el fiel desempeño del oficio profesional ya es ejercicio de la caridad con las personas y con la sociedad.

Por otra parte, considerad que la preocupación por los pobres y enfermos —con el alma sacerdotal y la mentalidad laical propias de nuestro espíritu— os ha de impulsar a promover o a participar en labores asistenciales, con las que se trate de remediar, de modo profesional, esas necesidades humanas y muchas otras. Ya han surgido numerosísimas iniciativas de este tipo en todo el mundo —fruto de vuestro empeño apostólico—, como respuesta, en los más diversos lugares y ambientes, a los problemas de una sociedad que es preciso hacer más humana,

¡más cristiana! Labores de cualificación profesional dirigidas a personas con escasos recursos, centros de formación para campesinos, actividades de promoción de la mujer en zonas rurales, dispensarios, escuelas en suburbios de grandes ciudades...: un mar sin orillas, como todo nuestro trabajo apostólico, que redunda en servicio de la colectividad, en las más variadas formas. Son muchas, sí, y yo le pido al Señor que se multipliquen cada vez más, seguro de que El bendecirá vuestras iniciativas y vuestro esfuerzo.

En definitiva, hijas e hijos míos, he querido recordaros que la santificación del trabajo profesional —con las múltiples manifestaciones del samaritano y del mesonero— es el gran medio que tenemos para extender el reinado de Cristo, y concretamente para vivir esta exigencia de su realeza —la atención a las personas necesitadas— en la que el Romano Pontífice no deja de insistir, despertando las conciencias adormecidas de no pocos cristianos. Una tarea en la que cuenta con nosotros —que hemos de ser luz y levadura—, como nos dijo el día de la Beatificación de nuestro Padre, exhortándonos a «un ilusionado dinamismo apostólico, con particular atención hacia los más pobres y ne-

cesitados»¹¹², porque conoce tantas manifestaciones de ese servicio que prestan los fieles de la Prelatura en todo el mundo.

* * *

Ministros de Cristo

- 22 Me detengo ahora más en particular con los hijos míos sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, tanto con los que formáis parte del presbiterio de la Prelatura, como con los que estáis incardinados en las diversas diócesis del mundo entero. Nada os diré de modo exclusivo a vosotros, referente al *espíritu* de la Obra, porque todos en el Opus Dei —sacerdotes y laicos, hombres y mujeres— hemos recibido la misma vocación y *llevamos la misma vida espiritual: no hay excepciones*. Tenemos un solo hogar y un solo puchero^{U3}. Efectivamente, la elección divina dirigida a los sacerdotes, no modifica en nada lo específico de la llamada al Opus Dei, pero sí —y profundamente— el modo personal de vivirla. Por eso, me limitaré a hablaros de la tarea en la que el Señor os pide que os santifiquéis con el es-

112. Juan Pablo II, *Homilía*, 17-V-1992, n. 4.

113. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIIM956, n. 10.

píritu de la Obra: el ministerio sacerdotal.

Los laicos no buscan una santidad menor que los sacerdotes, porque todos debemos identificarnos plenamente con Cristo, cada uno en su estado y en sus circunstancias personales. Pero al mismo tiempo, se puede afirmar que sobre los sacerdotes cae una especial responsabilidad, pues debemos mostrar nuestra identificación con el Señor por un nuevo motivo¹¹⁴: en razón de la tarea que realizamos, que es santa en sí misma. Por eso, nuestro Padre, que predicó desde 1928 la llamada universal a la santidad, puntualizó en sus *Apuntes íntimos: Los sacerdotes: ¿con qué claridades de luz nueva me hizo sentir el Señor la necesidad ¡ab-so-lu-ta! de que seamos santos!*^{U5}.

- 23 Sois **ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Y lo que se pide a los administradores es que sean fieles**¹¹⁶. Esto es, hijos míos sacerdotes, lo que Dios y la Iglesia esperan de nosotros y lo que tienen derecho a encontrar las al-

114. Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 12.

115. De nuestro Padre, 26-III-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 672.

116.1 *Cor.* IV, 1-2.

mas: fidelidad, santidad. Por el Sacramento del Orden, somos instrumentos de la gracia divina de un modo específico, y las almas se acercan a nosotros para recibir ese don. *Dios Nuestro Señor* —escribió nuestro Padre a sus hijos sacerdotes— *conoce bien mi debilidad y la vuestra: somos todos nosotros hombres corrientes, pero ha querido Jesucristo convertirnos en un canal, que haga llegar las aguas de su misericordia y de su Amor a muchas almas. Yo —y no los conozco todos— tengo errores, culpas y equivocaciones personales abundantes; a vosotros, os sucederá lo mismo. No estamos a la altura de nuestra misión. Pero acudamos a Dios con confianza, por mediación de nuestra Madre Santa María, diciéndole: Domine, miserere mei: sana animam meam, quia peccavi tibi fPs. XL, 5); Señor, ten misericordia de mí: he pecado contra ti, da salud a mi alma. Y el Señor nos hará eficaces, llenándonos de serenidad y de gracia*¹¹⁷. Cultivemos, pues, a diario la virtud de la humildad y así seremos buenos instrumentos en las manos de Dios. No olvidéis que la grandeza del sacerdocio se realiza sobre el fundamento de nuestra flaque-

117. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 1.

za: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate (Hebr. V, 2), *porque también el sacerdote está rodeado de miserias*¹¹⁸: no estamos por encima de nadie; más aún, hemos de ponernos por debajo, porque nuestro oficio propio consiste en servir a todas las almas: **Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve**, dice el Señor¹¹⁹.

- 24 Hijos míos: unidad de vida. Esta exigencia brota de la vocación cristiana que nosotros debemos llevar a cabo por un nuevo motivo, pues «quienes celebramos los misterios de la Pasión del Señor, hemos de imitar lo que hacemos»¹²⁰. *Todos los cristianos* —predicaba nuestro Padre— *podemos y debemos ser no ya alter Christus, sino ipse Christus: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, deforma sacramental*¹²¹. El sacerdote «ofrece el Sacrificio *in persona Christi*, que significa algo más profundo que "en nombre" o que "en vez" de Cristo. *In persona* indica la específica, sacramen-

118. *Ibidem*.

119. *Luc. XXII, 27*.

120. San Gregorio Magno, *Dialogi*, IV, 59: PL 77, 428.

121. De nuestro Padre, *Homilía Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

tal identificación con el Sumo y Eterno Sacerdote»¹²². La experiencia única, inefable, de que Cristo obra por medio de nosotros cuando renovamos el Sacrificio del Calvario, debe iluminar nuestra entera existencia, impulsándonos a buscar el endiosamiento en todos los momentos de la jornada: en la conversación, en la compostura, en la disponibilidad constante para servir, en la sonrisa y en el optimismo, en la contradicción... En todo, no sólo en el altar o en el confesonario, se ha de percibir el **bonus odor Christi**¹²³, el buen olor de Cristo. Puesto que sois *ipse Christus* al celebrar la Santa Misa, procurad asiros íntimamente a El las venticuatro horas del día.

*Sed, en primer lugar, sacerdotes. Después, sacerdotes. Y siempre y en todo, sólo sacerdotes*¹²⁴, nos pedía nuestro Padre, con la fuerza de quien tiene bien experimentado lo que esta vocación lleva consigo. Comportaos en todos los instantes como corresponde a un ministro de Cristo. Que se pueda aplicar a vosotros lo que afirmaba un Obispo, que durante algún tiempo había sido

122. Juan Pablo II, Carta Dominica: *cena*., 24-11-1980, n. 8.

Cfr. Carta a los sacerdotes, 8-IV-1979, n. 4.

123. II Cor. II, 15.

124. RHF, AVF-0079.

confesor de nuestro Fundador, resumiendo la impresión que le quedó grabada de su figura: «fue sacerdote *semper et ubique*, sólo sacerdote, en todo sacerdote, siempre sacerdote»¹²⁵.

¡Qué importancia asume vuestra conducta! El sacerdote tiene que ser *despertador de los deseos de santidad en los demás, sobre todo con su ejemplo*¹²⁶. ¡Qué fuerza adquieren vuestras palabras y todo vuestro ministerio si tratáis de vivir lo que enseñáis! Y pensad también que, para desedificar, no es menester que el sacerdote obre mal, basta que no vibre, que se aburguese un poco. Por eso aseguraba nuestro Fundador tajantemente: *el sacerdote tibio, ése es el gran enemigo de las almas*¹²⁷. Acogeos, pues, a la intercepción de nuestro Padre para lograr que vuestra unidad de vida se vuelva más compacta. «Oh Dios, que concediste al Beato Josemaría, sacerdote...». ¿No os causa una honda alegría invocarle con ese título, ¡sacerdote!? Pedid esa integridad y buscadla sin permitir quiebras de ningún

125. *Positio super vita et virtutibus Servi Dei Iosephmaria Escrivá de Balaguer. Studium críticum super virtutum heroicitate*, p. 145.

126. De nuestro Padre, Carta, 8-VIII-1956, n. 6.

127. De nuestro Padre, 15-IV-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 696.

género. De este modo, seréis canales limpios por los que fluirá sin obstáculos la gracia divina, a pesar de las miserias personales: porque si lucháis para uniros a Cristo, los demás percibirán vuestra humildad de corazón.

Santidad en el ministerio sacerdotal

25 Todos en el Opus Dei contemplamos en nuestro Fundador el ejemplo que hemos de imitar para identificarnos con Cristo en la actividad que cada uno realiza. En el caso de los sacerdotes, contamos además con su ejemplo inmediato en todo lo que se refiere al ejercicio de nuestro ministerio y a la conducta sacerdotal. De este ejemplo quiero hablaros ahora, con la certeza de que sacaréis impulso y provecho, no sólo vosotros —los sacerdotes—, sino todas las hijas y todos los hijos de nuestro Padre, al descubrir, tras los aspectos que me dispongo a comentaros, el alma y las virtudes sacerdotales que todos debemos imitar.

La Santa Misa... ¡qué ejemplo constituye para nosotros la Misa de nuestro Padre! Fue diamantemente el centro y la raíz de su existencia. Cuidaba con esmero la preparación inmediata, re-

cogiéndose en oración. Me quedaría muy corto si os dijera que celebraba cada Misa con la devoción de la primera vez, porque su amor creció más y más a lo largo de sus días. Me acerco más a la verdad si os confirmo que celebraba como si fuera la última, como si fuera la única Misa de su sacerdocio. Cuando era todavía joven de edad pedía al Señor ayuda para *vivir* el Santo Sacrificio, con la mayor dignidad y devoción, aun en momentos de prueba y dificultad, como se descubre en una nota de sus apuntes personales fechada en 1931: *Jesús, haz que viva nuestra Misa: que celebre el Santo Sacrificio con la pausa, gravedad y compostura de un sacerdote anciano: aunque llegue la noche oscura, que no me falte la luz cuando soy otro Cristo*¹²⁸.

Después de su marcha al Cielo, ¡cuántos testimonios nos han llegado de la impresión que dejaba en quienes asistían a su Misa! Y cómo me conmueve leerlos, al reconocer lo que tan frecuentemente, por gracia de Dios, he podido presenciar con dicha. Un residente de Ferraz describía con estas palabras la Santa Misa de nuestro

128. De nuestro Padre, II-X-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 317.

Fundador en el oratorio de la Residencia: «parecía como si en esos momentos, todo su espíritu sobrenatural, toda su fe y su amor, quedasen al descubierto. Le recuerdo subiendo al altar con una unción y dignidad que palpablemente nos decían "que se acercaba al Dios que era la alegría de su juventud". Seguíamos, siempre impresionados, sus medidos y lentos movimientos en el altar; respiraba el sereno gozo, la profunda devoción del sacerdote que adora con los fieles y en nombre de ellos, al Dios vivo del Tabernáculo. ¡Qué verdaderas resultaban sus palabras cuando nos decía, con el Salmo: "Amé el decoro de Tu casa y el lugar donde habita Tu gloria"! Descubríamos al sacerdote entrañado en lo más hondo del interior del Padre; estaba, propiamente, en lo más alto y más verdadero de su misión, cuando le veíamos, revestido de los ornamentos sagrados, pronunciar con veneración las palabras de la Liturgia»¹²⁹. Otra persona, de la familia del Cónsul de Honduras, que asistió a varias Misas celebradas por nuestro Fundador en las circunstancias extraordinarias de la guerra, notó que «el

129. *Positio super vita et virtutibus Servi Dei Iosephmarice Esquivá de Balaguer. Studium criticum super virtutum heroicitate*, p. 139.

Padre iba diciendo en voz semialta las oraciones, con una devoción tan grande que nos embargaba el ánimo a todos, haciéndonos sentir muy vivamente la presencia real de Jesucristo entre nosotros. Sentía el Padre al Señor muy profundamente, desde dentro: no era ficticio ni espectacular: sobrecogía y nos emocionaba»¹³⁰. Y, en fin, un estudiante que participó en la Misa de la Ribalera, durante el paso de los Pirineos en 1937, anotó en su cuaderno: «nunca he oído Misa como hoy, no sé si por las circunstancias o porque el celebrante es un santo»^m.

- 26 «Un sacerdote vale lo que vale su vida eucarística, sobre todo su Misa», ha escrito el Papa Juan Pablo II¹³². La fecundidad de nuestro sacerdocio arranca del amor al Sacrificio del Altar. Un amor que se manifiesta en la unión entre obediencia y piedad al cumplir las ceremonias litúrgicas establecidas por la Iglesia. No es verdadera la piedad de quien no obedece a nuestra Madre la Iglesia; ni es auténtica la obediencia si no está informada por la piedad filial.

¹³⁰. *Ibidem*, p. 140.

¹³¹. RHF, T-08246.

¹³². Juan Pablo II, *Discurso*, 16-11-1984.

La unión de estas dos virtudes, hijos míos sacerdotes, es siempre necesaria, pero las circunstancias actuales la exigen de manera especial. Sabéis que las anteriores normas litúrgicas determinaban con precisión, hasta en detalles mínimos, el modo de cumplir cada rúbrica; actualmente son mucho más flexibles, por lo que la dignidad del culto y el bien espiritual de los fieles dependen en mayor medida de la piedad y obediencia de quienes las cumplen, sobre todo de los ministros sagrados al officiar la Santa Misa.

Empeñaos, pues, en empapar de piedad la obediencia, como nuestro Padre. Quienes participaban en esos momentos, advertían algo especial que les sorprendía. Era la misma Misa que la de otros lugares, con las rúbricas habituales, pero con un *algo* distinto: una piedad, una fe, un amor tan fuerte, que transportaban el alma a la grandeza del Sacrificio del Calvario. Imitemos su ejemplo; pongamos cariño en todo lo que se refiere al Sacrificio del Altar; cuidemos la preparación inmediata con un tiempo de oración, aunque hayamos seguido nuestra media hora de meditación en otro momento; recojámonos en acción de gracias, procurando que no nos interrumpan; estemos en los detalles; tratemos con amor los objetos de culto: ¡todo ha de estar resplandeciente!

no toleremos la desidia, no nos acostumbremos a lo que está mal ni lo miremos con indiferencia: dolámonos en el Señor y desagraviemos. «Dios nos guarde —ha escrito el Papa— de un comportamiento sin respeto, de una prisa inoportuna, de una impaciencia escandalosa»¹³³.

Seamos, dentro de la Iglesia, fermento de santidad en aquello que es precisamente la cumbre y fuente de su vida. Qué alegría tuve al conocer lo que afirmó públicamente un anciano Cardenal, que había sido Prefecto de la Congregación para el Culto Divino, en su homilía durante la Misa en acción de gracias por la Beatificación de nuestro Padre: «con su profunda piedad y fiel obediencia a las prescripciones de la Iglesia en esta materia —la Liturgia—, el Beato Josemaría ha aportado una significativa contribución a la correcta aplicación de la renovación litúrgica querida por el Concilio Vaticano II»¹³⁴. Vosotros, sacerdotes, hijos de la oración de nuestro Padre, sois ejemplo manifiesto de esa contribución suya al bien de la Iglesia cuando celebráis con unción el Santo Sacrificio del altar.

133. Juan Pablo II, Carta *Dominica; cena;*, 24-11-1980, n. 11.

134. *Romana* 14 (1992) p. 52.

27 Paso ahora a referirme a la predicación. Las palabras de nuestro Padre, cuando predicaba, calaban profundamente en las almas porque se apreciaba enseguida que nacían de un corazón ardientemente enamorado de Dios. Esto lo percibíamos día a día quienes estábamos a su lado y éramos testigos de lo que es una existencia gustosamente gastada **in conspectu Domini**¹³⁵, en la presencia del Señor, sin pliegues ni fracturas. Bastaba oírle una sola vez para que se quedara grabada en el alma la impresión indeleble de haber escuchado a un hombre de Dios. Una persona que asistió a una meditación de nuestro Fundador en 1937, recordaba así aquel momento, casi cuarenta años después: «no era una predicación, se trataba de la oración personal de un santo, hecha en voz alta»¹³⁶.

Lo que salía de sus labios era lo que colmaba su corazón, su misma vida santa, auténtica, sincera, inmersa en el misterio de Cristo, que contemplaba en su alma con atención permanente. «El Amor se transparentaba en cada una de sus palabras», afirma otro testigo de su predicación

135. Ps. XIX (XVIII), 15.

136. *Positio super vita et virtutibus Servi Dei Iosephmarice Esquivá de Balaguer. Studium criticum super virtutum heroicitate*, p. 353.

en los años treinta —un sacerdote que años más tarde fue Obispo—: «sabía captar y transmitir el sentido profundo de las escenas del Evangelio que en sus palabras cobraban toda su actualidad: eran una realidad viva ante la que era necesario reaccionar. Los que le oían se sentían movidos a hacer actos de amor y desagravio, a formular propósitos concretos de mejora de vida. Puede decirse que su palabra salía del corazón y hablaba al corazón»¹³⁷.

La Sagrada Escritura, profundamente meditada, constituía la fibra de su predicación. En esa trama de oro engarzaba con naturalidad comentarios de Padres de la Iglesia, que leía y releía, enseñanzas del Magisterio y razones de la mejor Teología: todo esto ayudaba a percibir, con sencillez sorprendente, el brillo de la trama, los destellos de luz infinita que encierra la Palabra de Dios. La oración de nuestro Padre llegaba así a la cabeza, pero no de un modo teórico ni abstracto. Se ponía a la altura de quienes le escuchaban, y sintonizaba con sus intereses y sus problemas, como resultaba evidente en las anécdotas o ejemplos expresi-

m. Ibidem, p. 348.

vos que intercalaba, siguiendo la pedagogía de Nuestro Señor. Ejemplos y citas que sacaba de aquí o de allá, porque cuando leía o estudiaba, obraba como sacerdote, pensando en su ministerio; cuando atendía a cualquier persona, escuchaba como sacerdote; y todo lo que acaecía en su alma o a su alrededor lo observaba con mirada sacerdotal y le servía para su ministerio. A la hora de predicar volcaba en las almas el tesoro de una vida centrada en Dios, y así, aquellos ratos de oración no terminaban al concluir sus consideraciones: caían como una siembra destinada a producir fruto, en ese momento y después. En la inteligencia había quedado un poso de doctrina como apoyo firme de las resoluciones del corazón, que no coincidían necesariamente con el entusiasmo, aunque con frecuencia tampoco éste faltara.

Profundizad en este espíritu, imitad a nuestro Padre. ¡Que se note que sois hijos suyos! Poned todos los medios para que vuestra predicación sea vibrante de amor a Dios, oración personal de quien conoce y ama a Jesucristo. Esforzaos para ser buenos instrumentos del Maestro, mejorando poco a poco lo que sea preciso corregir, con el único afán de ayudar a las almas a entablar en su corazón un diálogo con el Señor.

Mantened siempre la rectitud de intención: el afán de comportaros como escribió nuestro Fundador en esta temprana nota, una de las primeras que conservamos de sus *Apuntes íntimos*: *la predicación, la predicación de Cristo Crucificado, es la palabra de Dios. Procurarán los socios, aunque tengan mucha costumbre de hablar en público, prepararse lo mejor que puedan antes de ejercer tan divino ministerio: sin buscar jamás su lucimiento (Deo omnis gloria!), buscando la salvación de las almas*¹³⁸.

- 28 Paso a hablaros de otra *pasión dominante* nuestra: la Confesión. ¡Cuánto tenemos que amarla! Más de una vez, el Santo Padre Juan Pablo II me ha comentado que en el Opus Dei tenemos «el carisma de la Confesión», una particular gracia de Dios que nos impulsa a procurar que las almas se acerquen a la Penitencia y, en el caso de los sacerdotes, a dedicarse generosamente a la administración de este sacramento. Hay una razón profunda para que sea así. El espíritu de la Obra nos conduce a saborear la paternidad de Dios: una paternidad infinitamente misericor-

138. De nuestro Padre, 9-XII-1930, en *Apuntes íntimos*, n. 124.

diosa, porque perdonar es característica propia de los padres ¹³⁹. Acudir con piedad filial al perdón de Dios forma parte de la entraña de nuestra relación con el Señor. Os consta que los actos de contrición suponían para nuestro Padre una devoción muy importante, y también por eso amaba tanto, y nos enseñó a querer, el Sacramento de la Penitencia, donde se nos ofrece todo el perdón y la misericordia divinas, porque *no hay mejor acto de arrepentimiento y de desagravio que una buena Confesión* ¹⁴⁰.

«Como en el altar donde celebra la Eucaristía y como en cada uno de los Sacramentos, el Sacerdote, ministro de la Penitencia, actúa *in persona Christi*. Hace presente a Cristo, quien, por su medio, realiza el misterio de la remisión de los pecados» ^{M1} ¿No os fascina la confianza que ha depositado Dios en los sacerdotes? Meditadlo a diario, como nuestro Padre. *El poder del sacerdocio: la Santa Misa, ¡y si fuera una sola Misa en la vida!... El pecador —yo—, perdonando a los pecadores. El miserable y feo de*

139. Cfr. Santo Tomás, *Summa Theológica*, I, q.21, a.3, c.

140. De nuestro Padre, *Meditación Tiempo de reparar*, febrero 1972.

141. Juan Pablo II, Exhort. apost. *Reconciliatio et Paenitentia*, 2-XII-1984, n. 29.

alma y cuerpo —lleno de costurones y de manchas y remiendos, por su mala vida— ¡santificando! Yo... ¡yo!... otro Cristo ¹⁴². Son las palabras de un santo que, iluminado por la potente luz de Dios, advertía su indigencia personal, como se nota hasta la más pequeña mota de polvo en un cristal limpio atravesado por los rayos del sol. Si nuestro Padre se reconoce así, ¡qué exclamaremos tú y yo!

Afán de purificación, espíritu de reparación y desagravio, ¡penitencia!, hijos míos sacerdotes. «Para guiar a los demás por el camino de la perfección cristiana —ha escrito el Papa—, el ministro de la Penitencia debe recorrer en primer lugar él mismo este camino» ¹⁴³. Hemos de pedir a Dios: **lávame más y más de mi pecado, y de mi falta purifícame** ¹⁴⁴. Es posible incluso que sintamos el ímpetu de rogar, como San Pedro en la última Cena: **no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza** ¹⁴⁵. Ojalá pueda respondernos Jesús, como al Apóstol: **quien se ha bañado no necesita lavarse**

142. De nuestro Padre, 17-VII-1934, en *Apuntes íntimos*, n. 1747.

143. Juan Pablo II, Exhort. apost. *Reconciliatio et Paenitentia*, cit., n. 29.

144. Ps. LI(L), 4.

145. *Ioann.* XIII, 9.

más que los pies, pues todo él está limpio, y vosotros estáis limpios¹⁴⁶. En todo caso, siempre necesitaremos purificarnos, para agradarle y ser buenos instrumentos suyos.

29 Amad la Confesión como amáis la Santa Misa, con todas vuestras fuerzas. Como comprenderéis, me gustaría comentaros muchos aspectos, pero no quiero omitir uno, porque me lo grita la responsabilidad de conducirme como el Buen Pastor. En las circunstancias actuales, defender el confesonario supone defender la santidad de este sacramento. ¡Qué más quiere el diablo —así os lo digo, sin ambages— que transformar el sacramento del perdón de los pecados en ocasión de ofensas a Dios y de infidelidad!

Muchos de vosotros recordaréis las medidas fuertes que dispuso nuestro Padre para que todos, en la Obra, observásemos fielmente lo que entonces prescribía el Derecho Canónico: que las confesiones de mujeres se atendiesen exclusivamente en confesonarios con rejilla. Conocéis también que la nueva legislación eclesiástica no prohíbe la confesión cara a cara, aunque

146. *Ioann.* XIII, 10.

establece que en todas las iglesias deben existir confesonarios con rejilla¹⁴⁷: entre otros motivos porque los fieles tienen derecho a no revelar su identidad, si no lo desean; y, desde luego, porque el sacerdote puede utilizarlo para no exponerse innecesariamente a peligros para su alma, que es un precepto de ley moral general. Pues bien, me urge recordaros que las providenciales medidas adoptadas por nuestro Fundador en su momento, nos servirán siempre de luz para comprender la enorme importancia que reviste esta materia, y de modo especial ahora, al haber cambiado en la normativa canónica el aspecto a que me acabo de referir. El criterio *moral* que protegían esas disposiciones aparece claro y de validez permanente: las confesiones de mujeres en el confesonario, fuera de los casos de enfermedad, grave necesidad, etc., que siempre han estado previstos. Y lo mismo las charlas de dirección espiritual. Si *excepcionalmente, y nunca con continuidad, conviniese recibir a alguna fuera del confesonario, habéis de dejar también la puerta abierta, procuraréis ser breves y conservar una especial gravedad. En el trato, sin rarezas ni brusquedades, habéis de distin-*

147. *Código de Derecho Canónico*, canon 964.

*güiros, más que por vuestra amabilidad, por vuestro sentido sobrenatural*¹⁴⁸.

- 30 Vuestro celo apostólico os lleva a **gastaros y desgastaros**¹⁴⁹ en el servicio de las almas, con una intensa labor sacerdotal, por amor a Dios. Trabajad, trabajad mucho, pero siempre con orden. Lo primero son las Normas, y para vosotros también el *rezo* —subrayo lo de *rezo*— del Oficio Divino. Pero hay que sacar, además, un tiempo para el estudio. Si alguno piensa que no le cabe en su jornada habitual, que pruebe a no dejarlo para última hora del día. Pronto comprobará que es sustento vigoroso de la vida interior y de la predicación. En todo caso, debéis dedicar algún espacio diario a este menester, porque el estudio personal es un medio indispensable para robustecer la formación permanente que la Iglesia desea para sus sacerdotes, como ha vuelto a recordar recientemente el Romano Pontífice¹⁵⁰, y porque nuestro Padre nos lo pidió y concretó en muchas ocasiones. Copio aquí unas palabras suyas, de una Carta fechada

148. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 49.

149. II *Cor.* XII, 15.

150. Cfr. Juan Pablo II, Exhort. apost. *Pastores dabo vobis*, 25-11-1992, nn. 72 y 79.

en 1956, que se aplican a todos los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, aunque en aquel momento se dirigiera a los Numerarios: *si para todos mis hijos —laicos y sacerdotes— he escrito que nuestra formación no termina nunca, es lógico que viváis también ese buen espíritu en lo que es específico de vuestra condición sacerdotal, en el estudio necesario para ejercitar dignamente vuestro ministerio (...).*• *Procurad dedicar un rato al día —aunque sólo sean unos minutos— al estudio de la ciencia eclesiástica, repasando una y otra vez los tratados clásicos, dando más solidez a los principios*¹⁵¹.

Para servir y para unir

- 31 Los sacerdotes que formáis parte del presbiterio de la Prelatura habéis sido ordenados para servir, ante todo, a vuestros hermanos y hermanas en la Obra. *Con este servicio preferente* —escribió nuestro Padre— *y amando el carácter laical de nuestras actividades apostólicas, servirán a la Iglesia como ella nos pide*

151. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, nn. 14-15.

que la sirvamos, de acuerdo con la vocación específica que hemos recibido¹⁵².

Dedicaos, pues, en primer lugar a vuestros hermanos. *En el Opus Dei todos somos iguales. Sólo hay una diferencia práctica: los sacerdotes tienen más obligación que los demás de poner su corazón en el suelo como una alfombra, para que sus hermanos pisen blando. Los sacerdotes han de ser firmes, apacibles, cariñosos, alegres; servidores especiales —siempre con sosiego y alegría— de los hijos de Dios en su Obra, de tal modo que, como Pablo, puedan decir con sus obras a sus hermanos: ego... vinctus Christi Iesu pro vobis (Ephes. III, 1); estoy como en cadenas, preso por el amor de Jesucristo... y por el cariño que os tengo*¹⁵³.

Aunque el trabajo sea abundantísimo, repetid siempre al Señor: *non recuso laborem*, no rechazo la carga. Nuestro Padre podía anotar —yo he sido testigo— que *durante años, he predicado, y no me pongo por modelo, hasta ocho meditaciones diarias*¹⁵⁴. No os pedirán tanto, si no es por excepción, porque los Directores se ocupan

152. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 26.

153. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 7.

154. *Ibidem*. n. 50.

de vuestra salud y de vuestro descanso, pero aceptad más peso, si fuera necesario. *Hijos míos sacerdotes, estad siempre dispuestos a servir con espíritu deportivo, con vuestra alma sacerdotal y con vuestra mentalidad laical. Habéis de ser alegres, doctos, sacrificados, santos, olvidados de vosotros mismos: en nuestra tarea nadie tiene tiempo para pensar en sí mismo, para andar con preocupaciones personales: hemos de ocuparnos solamente de la gloria de Dios y del bien de las almas*¹⁵⁵.

- 32 Mucho depende de vuestro buen espíritu, porque dentro de la Obra, *misión principalísima de los sacerdotes es ser espléndidos instrumentos de unidad*¹⁵⁶. No ha sido casualidad que coincidieran en un 14 de febrero de años distintos la fundación de la Sección femenina y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, aseguraba nuestro Padre en una meditación. *Parece como si el Señor quisiera decirnos: ¡no me rompáis la unidad de la Obra! ¡Amadla, defendedla, fomentadla!*¹⁵⁷ Siento un gozo muy grande al compro-

155. *Ibidem*. n. 8.

156. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 32.

157. De nuestro Padre, *Meditación*, 14-11-1958.

bar —¡cada día!— que el Opus Dei es una familia estrechamente unida, y doy gracias a Dios por este gran favor del Cielo que nos permite ser fermento de unidad en la Iglesia y en el mundo. A vosotros, hijos míos sacerdotes incardinados en la Prelatura, el Señor os concede las ayudas necesarias, para seguir cumpliendo la parte importantísima que os corresponde en la tarea de conservar y de acrecentar este tesoro, fortaleciendo siempre más la unidad. Y exigencia de esa tarea es que, al realizar cualquier actividad, podáis afirmar siempre: estoy haciendo lo que indican los Directores.

- 33 Proselitismo, hijos míos. Ponedlo siempre en el primer plano de todo vuestro ministerio sacerdotal, sin olvidar que, en los apostolados propios de la Prelatura, *el proselitismo es un trabajo conjunto de mis hijos sacerdotes y seglares* ¹⁵⁸. Vuestras hermanas y vuestros hermanos procuran llevar a la dirección espiritual a las personas que tratan, para que las atendáis con el ministerio que corresponde al sacerdote. Pero luego no se pueden desentender, porque la mayor parte del apostolado de amistad y confianza lo deben realizar ellos, ejercitando también una verdadera

158. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 29.

dirección espiritual. En nuestra labor al servicio de las almas, los frutos llegan —los envía Dios— cuando intervienen conjuntamente la oración, la mortificación y el trabajo de sacerdotes y laicos.

Cada uno en su sitio, sin intromisiones ¹⁵⁹, señaló nuestro Padre. Y añadía: *ios sacerdotes ocuparán su puesto, si se dedican a su ministerio, sin interferir para nada en el campo que es propio de los seglares* ¹⁶⁰. Concretamente, cuando atendéis las labores apostólicas que la Prelatura realiza con mujeres, comportaos sin excepción de acuerdo con la indicación de nuestro Padre: *si os digo siempre, de una manera gráfica, que la Sección de varones vive a cinco mil kilómetros de distancia de la Sección femenina, los sacerdotes habéis de vivir a diez mil. Y al mismo tiempo, debéis conjugar esa distancia santa con la más viva preocupación por servir, con vuestro trabajo sacerdotal, a vuestras hermanas* ¹⁶¹.

- 34 Tenéis que empujar, tenéis que vibrar, tenéis que ayudar a los demás a ir hacia arriba, hacia Dios. Muchas veces os parecerá que tiráis desde

159. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 32.

160. *Ibidem*. n. 32.

161. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 43.

abajo, como se tira de una sog a través de una polea, porque veis que vuestras hermanas y vuestros hermanos son mejores. Pero ayudadles a subir más y más, y alimentad la ambición de ir por delante, con humildad.

«Imitemos el ejemplo que nos ha dado el Señor, el Buen Pastor; contemplemos los Evangelios y, al ver allí, como en un espejo, aquel ejemplo de premura y de bondad, tratemos de aprender estas virtudes»¹⁶². Si alguno se retrasa, id a buscarle, recogedle, curadle y llevadle a cuestras si es preciso, con oración, mortificación y cariño. Si alguno necesita más ayuda, si pasa por una mala temporada, haced penitencia por esa alma y enseñadle a hacer penitencia. Ocupaos de todos, uno a uno, como el Buen Pastor. *En la Obra a cada uno nos tratan, no como a un cacharro de bisutería, que se hace de cualquier manera: miles en un momento, con una máquina. No, nos tratan como a una joya; a cada uno se le dedica todo el tiempo necesario, se le atiende todo lo que se puede, para que luzca, para que brille, para que se vea que es de oro puro, que es la Sangre de Cristo en cada uno de nosotros*¹⁶³.

162. San Asterio de Amasea, *Homilía* 13: PG 40, 362.

163. De nuestro Padre, Tertulia, 17-111-1969.

Para servirles, amadles, sin preferencias, sin sentimentalismos, sin permitir que os arrastren las simpatías o afinidades de carácter; atendedles porque Dios os ha puesto a su servicio. Y debéis conocerles a fondo, como el Buen Pastor conoce a los suyos. Adivinad lo que necesitan y enseñadles a practicar la sinceridad. No empleéis ironías o cosas por el estilo, que deshacen la seriedad de vuestro servicio; practicad en cambio la corrección fraterna, con mucho cariño y con fortaleza. Unid siempre a vuestros hermanos o hermanas con los Directores o con las Directoras, permaneciendo vosotros siempre unidos a quienes compete en la Obra el encargo de gobernar, pues lo han recibido del Padre. No concedáis lugar a la soberbia, y jamás miréis a alguien con indiferencia; dad ejemplo de fraternidad, para que formemos una pina y vayamos adelante bien unidos, subiendo hacia Nuestro Señor. Sed positivos en vuestros consejos, animad, abrid horizontes, empujad a profundizar en el trato personal con Dios. No os limitéis a escuchar en la dirección espiritual y en la confesión: preguntad, enteraos de cómo van, ayudadles a formarse rectamente la conciencia, para que todos obren con libertad y responsabilidad personal delante de Dios. «Pide mayor sabiduría de la que tienes. Manten alerta tu espíritu.

Habla a cada uno singularmente, siguiendo el modo de obrar de Dios. Carga sobre ti las enfermedades de todos»¹⁶⁴.

35 Aunque me estoy dirigiendo a vosotros, hijos míos sacerdotes de la Prelatura, pienso también en vuestras hermanas y en vuestros hermanos, Directoras o Directores, porque también les atañe cuanto os señalo. En realidad, sirve a todos, pues todos hemos de cumplir, cada uno en su sitio, el oficio del buen pastor.

Aprended y enseñad a cultivar una manifestación de *humildad* práctica que nuestro Padre formulaba así: *reaccionaré inmediatamente, con la gracia de Dios, aceptando —queriendo— las humillaciones que el Señor me depare*¹⁶⁵. Y lo mismo después de un enfado, o de una caída. ¡Es preciso reaccionar con prontitud! El que se queda como amilanado ante una contrariedad cualquiera, demuestra que se fía de sus propias fuerzas, en vez de confiar en Dios, y que ha de adquirir más visión sobrenatural para marchar contracorriente, con la seguridad de que alcan-

164. San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Polycarpum*, 1: PG5, 719.

165. De nuestro Padre, 17-IX-1935, en *Apuntes íntimos*, n. 1819.

zara la cima, si permite que la mano de Dios le conduzca. Creceos e instad a los demás a que se crezcan en el apostolado, superando las dificultades del ambiente, con la decisión que nuestro Padre resumió en el nombre de la primera Residencia, DYA... ¡*Dios y audacia!* Un hijo de Dios no puede permanecer achicado, apocado: caminará hacia adelante, en las circunstancias favorables y en las circunstancias adversas. Y si las dificultades son las calumnias, no hay que asustarse, ni ser pusilánimes, porque entonces el diablo —que las mueve— habría conseguido lo que pretende: paralizar nuestro empuje apostólico. En esos casos hemos de rezar más y tratar a más personas, con visión positiva... y sin exagerar, que la inmensa mayoría de la gente nos aprecia hondamente y mira la Obra como una señal de esperanza para la Iglesia, no por nosotros sino porque viene de Dios.

En fin, hijos míos, que seáis sacerdotes *a la medida del Corazón de Cristo*, sacerdotes *con el espíritu del Opus Dei*¹⁶⁶, como rogaba nuestro Padre al Señor. ¡Cuánto rezó y se mortificó por nosotros! Nos lo confiaba con palabras que apelan directamente a nuestro corazón: *recé con confianza*

166. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 22.

e ilusión, durante tantos años, por los hermanos vuestros que se habrían de ordenar y por los que más tarde seguirían su camino; y recé tanto, que puedo afirmar que todos los sacerdotes del Opus Dei son hijos de mi oración ¹⁶⁷. Con la fortaleza de esta petición, que no cesa en el Cielo, responded fielmente a la llamada con la que el Señor os ha convocado, y cumplid lo que soñaba nuestro Padre en los comienzos de la Obra cuando pensaba en los hijos suyos sacerdotes: *¡Qué primor de hombres de Dios, veo que serán! ¡Y cómo contribuirá esto a que todos los socios sientan la dignidad y prestigio del sacerdocio!* ¹⁶⁸

Una sola vocación, un solo hogar

- 36 Al agradecer al Señor aquella caricia suya del 14 de febrero de 1943, nuestro Fundador nos hablaba, años más tarde, de su alegría por la luz que había abierto la posibilidad de la ordenación sacerdotal de miembros de la Obra, y añadía: *y después, el gozo mío y mi acción de gracias,*

167. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIIM956, n. 5.

168. De nuestro Padre, noviembre de 1930, en *Apuntes íntimos*, n. 101.

cuando los sacerdotes diocesanos todos —a los que tanto amaba, porque la suya es también mi vocación y la vuestra— han podido pertenecer a nuestra familia ¹⁶⁹.

Tal era el amor que sentía hacia sus hermanos en el sacerdocio y con tanta claridad advertía que Dios le llamaba a dedicar sus energías para ayudarles a ser santos, que, como relata más adelante en la misma Carta, en 1949-1950, *estuve decidido a hacer una fundación separada para los sacerdotes diocesanos; y comuniqué mi propósito a la Santa Sede, a los miembros del Consejo General y a mis dos hermanos, previendo una nueva campaña de calumnias* ¹⁷⁰. No alcanzo a imaginar algo más costoso para nuestro Padre que emprender una tarea fuera de la Obra, ¡y estaba dispuesto a realizarlo! *Pero Dios no lo quiso así—escribió nuestro Fundador, agradecido—, y me libró, con su mano misericordiosa —cariñosa— de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei* ¹⁷¹.

Sucedió en 1950, mientras se preparaban los documentos para la aprobación definitiva de la

169. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 4.

170. *Ibidem*, n. 44.

171. De nuestro Padre, *Carta*, 24-XII-1951, n. 3.

Obra que llegó el 16 de junio de aquel año. Se había producido un *dilata*, un retraso de parte de la Santa Sede, que, a primera vista, resultaba una contrariedad. Sin embargo, esa circunstancia fue la ocasión para que experimentásemos, de modo único por sus consecuencias, la verdad de las palabras de la Escritura: que todas las cosas contribuyen al **bien de los que aman a Dios**¹⁷², omnia in bonum! Nuestro Padre recordaba conmovido que *Dios Nuestro Señor, en su bondad infinita, quiso darme la solución dentro de nuestro Opus Dei, sin necesidad de crear otra nueva familia espiritual: nunca cesaré de dar gracias por esta providencia*^{ra}.

Muchas enseñanzas podríamos sacar de estos hechos, pero sólo os apunto dos, para que las consideréis más despacio en vuestra oración. La primera es que el Señor dejó claro una vez más que todo lo que nos pide, si es El quien nos lo exige, cae dentro de nuestra vocación a la Obra. Y la segunda es que el Señor nos ha mostrado la enorme importancia de extender el espíritu del Opus Dei entre los sacerdotes diocesanos, hasta el punto de permitir que nuestro Padre pensara

172. Rom. VIII, 28.

173. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 44.

durante algún tiempo que debía anteponer esa labor a cualquier otra.

- 37 *Vosotros sois tan del Opus Dei como yo*, decía nuestro Padre a sus hijos Agregados y Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. La vocación a la Obra —insisto una vez más— es única y la misma para todos: una llamada divina para buscar la santidad en el cumplimiento de nuestros deberes, con el espíritu y los medios ascéticos propios del Opus Dei. Lo que cambia es la naturaleza de esos deberes: en vuestro caso, se trata principalmente del servicio a las diócesis a que pertenecéis, en estrecha unidad con vuestros Obispos; y en el caso de los sacerdotes incardinados en la Prelatura, el servicio que prestan con su ministerio, de modo primordial a los miembros de la Obra. No me olvidéis jamás que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz está «intrínsecamente unida a la Prelatura», como expresa la Constitución Apostólica *Ut sit*, de Juan Pablo II^m, y se recoge en nuestros Estatutos¹⁷⁵; es decir, está en el corazón del Opus Dei y es parte esencial suya.

La entrega a Dios en la Obra es siempre com-

174. AAS 75 (1983) p. 424.

175. *Codex iuris particularis Operis Dei*, n. 36 § 2.

pleta, total, cada uno en sus circunstancias. En una ocasión, un Cardenal, ya fallecido, que deseaba que la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se desarrollara más en su diócesis, confió a nuestro Fundador —era buen amigo suyo— que veía una dificultad: «me parece a mí que sois un poco exigentes: cuando alguien pide la admisión en la Obra, queréis que lo dé todo y que se dé del todo. ¿No es esto un poco excesivo?» El mismo testimonió así la respuesta de nuestro Padre: «*Mira, no, me dijo. En el Opus Dei no seremos ni uno más ni uno menos de los que Dios quiere que seamos. Y la llamada que Dios nos hace es de entrega total, completa, cada uno dentro de su estado, con naturalidad, pero sin concesiones. Cuando un sacerdote viene a pedirnos que le demos lo que le podemos dar, le damos la espiritualidad que tenemos: ésa es la entrega total: sin salir de su sitio, reforzando su condición diocesana, pero dándose del todo. Si no le doy esto, una espiritualidad que él puede seguir, ¿qué le voy a dar yo? ¿qué le puede dar el Opus Dei a un sacerdote?*»¹⁷⁶.

176. Postulación de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, *Artículos del postulador*, Roma 1979, n. 850.

No toleréis miedo alguno a pedir esta entrega, ni a exigiros la a vosotros mismos. Meditad que estáis en la Obra porque habéis respondido a una llamada divina, y que el Señor os concede las gracias necesarias para que respondáis plenamente. En vuestra vida, habéis seguido primero la llamada al sacerdocio y después habéis descubierto la vocación a la Obra, que ha reforzado la primera y os ha señalado el camino y los medios —en primer lugar las Normas y Costumbres de nuestro plan de vida— dispuestos por Dios para que seáis sacerdotes heroicamente santos.

- 38 Una tarea apostólica espera el Señor particularmente de vosotros: que trabajéis para promover muchas vocaciones sacerdotales, y que os ocupéis de vuestros hermanos en todas las diócesis, siendo fermento de santidad y de unidad dentro de vuestro presbiterio. ¿Cómo lo lograréis? ¿Cómo conseguiréis levantar la temperatura espiritual a vuestro alrededor? Con la oración, con el ejemplo, con la amistad personal, con vuestra paciencia y vuestra comprensión llena de cariño, sin alejaros de ninguno, ofreciendo a todos el calor de vuestra fraternidad sincera. Y cuantos más seáis, a más hermanos trataréis. Dos brasas encendidas calientan más que una

sola. Por eso, la mejor muestra de vibración apostólica es el proselitismo. Fijaos en los que muestran señales de entender nuestro espíritu, y *no olvidéis que siempre hemos comenzado con pocos; la obra de San Rafael —por ejemplo— se inició sólo con tres chicos, y hoy son un número incontable* ¹⁷⁷.

Encomendad esta labor a la Santísima Virgen, y acudid también a la intercesión de la Abuela. El Señor se la llevó al Cielo mientras nuestro Padre predicaba un curso de retiro a sacerdotes, en 1941. *Ofrece tus molestias por esa labor, que voy a hacer*, le sugirió al despedirse; y luego, rezaba: *Señor, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes* ¹⁷⁸. *Desde entonces —anotó—, siempre he pensado que el Señor quiso de míese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esta labor* ¹⁷⁹.

- 39 Atended a los sacerdotes que necesiten ayuda, sin esperar a que os la pidan. Si alguno en-

177. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 45.

178. *Ibidem*.

179. *Ibidem*.

cuentra problemas, se aísla, no permanezcáis como espectadores, con la idea de que nada podéis remediar, o que no aceptará que le tendáis la mano. Encomendaos al Señor y tomad la iniciativa, como nuestro Padre. Cuando vivía en Madrid, se enteró de que un sacerdote de otra diócesis había abandonado todo. Se había cambiado de ciudad, y trabajaba como empleado en una tienda. El corazón y el alma de nuestro Padre experimentaron, al saberlo, una fuerte sacudida. Después de rezar mucho y de mortificarse por aquel hermano, se trasladó allá, convencido de que ayudar a un sacerdote es ayudar a miles de almas. Le abordó directamente y hablaron. No fue breve ni fácil, pero logró, con la gracia de Dios, que aquel hombre reemprendiera su labor sacerdotal. Nuestro Padre se ocupó incluso de vestirlo de pies a cabeza, le consiguió sotana, manteo y sombrero, como se usaba entonces. En su nuevo destino aquel clérigo continuó sirviendo, quizá mejor que antes, con más humildad, como instrumento de Cristo.

Al detenerme en este suceso —hubo varios—, pienso de nuevo en aquellas palabras del Señor que ya os he recordado antes: **venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; sed y me disteis de beber (...); estaba desnudo**

y me vestísteis...¹⁸⁰. Jesús, que se identifica con los indigentes, ¿cómo nos acogerá si recuperamos a un sacerdote, que ha recibido el poder de actuar *in persona Christi*! Pido a Dios que tú y yo podamos escuchar de sus labios esta bendición, porque nos gastemos sin regateos en atender a sus sacerdotes, nuestros amados hermanos.

40 He mencionado antes que sois fermento de unidad, porque la vocación a la Obra no os enquistaba en un grupo ni os separa de nadie; al contrario, os une más a quienes desean estar en el Corazón de Cristo, y también a quienes hay que buscar para que entren en esa morada, cada uno por su camino. Pero hemos de comprender que algunos no comprendan la libertad, o que no conozcan bien nuestro espíritu, como aquél que preguntó a un hermano vuestro: ¿usted con quién está, con el Opus Dei o con la diócesis? La respuesta brotó bien natural: ¿con la diócesis; si no, no podría estar en el Opus Dei!... No hacen falta comentarios.

La Obra es una familia y todos rezan por vosotros —con más intensidad a lo largo de este año jubilar—, porque os quieren. Jamás estáis

180. *Matth.* XXV, 35-36.

solos. Os acompañan también materialmente, sobre todo en momentos de enfermedad, de dolor o de necesidad, a costa de cualquier sacrificio, como en cualquier hogar en el que se respire amor, y mucho más, porque nuestro cariño humano se apoya en una raíz más honda, sobrenatural. Sentid profundamente este calor, esmeraos en la fraternidad como nos ha enseñado nuestro Padre: caridad es cariño humano, es desvivirse también por la salud, por el descanso, por las preocupaciones de los demás, tomar la iniciativa para servir. Este modo nuestro de proceder en la Obra, que es una gracia inmensa de Dios, lo asimilarán quienes os traten, y hará de vosotros, con toda naturalidad, sin artificios, instrumentos de cohesión entre los sacerdotes seculares y con vuestros Obispos.

Os animo por último a acudir al auxilio del Santo Cura de Ars, con la devoción con que recurría nuestro santo Fundador. El Papa Juan Pablo II lo ha recomendado también a todos los sacerdotes¹⁸¹, y nosotros hemos recibido ese consejo con especial alegría, porque en la Obra es intercesor nuestro. A tan estupendo valedor ante Dios

181. Cfr. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes*, 16-11-1986, n. 2.

me dirijo ahora para que os ayude a ser santos y levadura de santidad, de modo particular entre todos los sacerdotes. Aumentad esta devoción y encomendadle vuestras tareas.

Mater pulchrae dilectionis

41 Hijos e hijos míos, voy a terminar esta carta que os he escrito encomendándoos constantemente al Señor para que seáis santos. Acudamos a la Santísima Virgen, Madre del Amor hermoso, para que Ella nos enseñe a corredimir con Cristo.

Os he hablado al principio del sello de la Obra que nuestro Padre dibujó por vez primera el 14 de febrero de 1943. Junto al sello, solemos poner en muchos lugares la rosa, que nos habla del amor que la Santísima Virgen nos tiene, y del que nosotros le debemos y tenemos. Nos trae a la memoria su protección sobre la Obra y sobre nuestro Padre en circunstancias difíciles, como aquella travesía por los bosques de Rialp, y nos anima a recurrir a su mediación materna. Santa María concedió a nuestro Fundador, aquel 26 de junio de 1975, el deseo que había expresado durante su estancia en México, mientras miraba un cuadro de la Guadalupana: morir ante una ima-

gen de la Virgen, y que Ella le diera una flor. Suplico ardientemente a Nuestra Madre que todas sus hijas y todos sus hijos en el Opus Dei seamos fieles como nuestro Fundador, y que alcancemos también **la corona de gloria que no se marchita** ¹⁸².

Iesus Christus herí et hodie ipse et in saecula! ¹⁸³, ¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre! Hemos visto caer muchos ídolos ante su presencia y, aunque algunos se esfuerzan por ponerlos de nuevo en pie con otra cara, multitud de almas comprenden que la existencia humana carece de sentido sin Dios, y vuelven sus ojos a la Iglesia, ansian ver a Cristo y hemos de entregarnos para que lo hallen.

Dice la Escritura que hay **tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado...; tiempo de destruir y tiempo de edificar...; tiempo de rasgar y tiempo de unir...** ¹⁸⁴. Para nosotros, siempre es época de plantar, de unir, de edificar: de acometer una labor positiva que enseñe a las almas dónde está la verdadera felicidad, porque el mandato de Cristo —**id y enseñad a todas las gentes** ¹⁸⁵— es actual a toda hora. ¡Qué clara es nuestra misión!

182. *Missale Romanum*, Prefacio de los Santos I. 19,3. *Hebr.* XIII, 8 (Vg).

184. *Eccle.* 111,2-7.

185. *Matth.* XXVIII, 19.

Para muchos, las cosas de esta tierra son fango que les ciega; en nuestras manos, como hemos aprendido de Cristo, se han de convertir en colirio que devuelve la vista para contemplar a Dios. Pero hemos de identificarnos con El, para ser mediadores entre Dios y las criaturas.

- 42 Una lápida de mármol que nuestro Padre quiso poner en el Cortile Vecchio de Villa Tevere, recuerda que, en momentos de fuerte contradicción, el Opus Dei *firme, compacto y seguro, se fortalecía y dilataba*. Ahora, que tampoco faltan las dificultades —nunca faltarán, si seguimos a Jesucristo—, el Señor se ha dignado, con la Beatificación de nuestro Fundador, a fortalecer y dilatar la Obra de un modo extraordinario. Me urge por esto insistiros, y recordarme a mí mismo, una consideración que ya os he hecho frecuentísimamente: debemos seguir los pasos de nuestro Padre, podemos ser contemplativos en medio del mundo y alcanzar esa santidad heroica que nuestro Fundador ha alcanzado ya. ¿Para qué nos ha llamado el Señor al Opus Dei, para qué nos ha dado un ejemplo tan santo, para qué nos ha concedido ese reconocimiento oficial de la Iglesia, si no para que imitemos su conducta, contando con su intercesión? Rechazad la tentación de confor-

maros con menos: hemos de ser santos.

Considerad toda la carga de estas dos palabras: *ser santos*, y que la santidad exige siempre ir a más. Me conmuevo y me lleno de gozo al pensar en tantas hijas y en tantos hijos de nuestro Padre que han concluido ya su paso por esta tierra y han sido verdaderamente santos de altar, canonizables. Sueño con el día en que algunos llegarán a ser canonizados por la Iglesia. También esto reafirmará nuestro camino, pues —entre otros bienes— mostrará tangiblemente que el ejemplo de nuestro Padre es imitable, y que de hecho ha sido imitado, en la vida ordinaria, normal, de los fieles del Opus Dei.

Y tú, al sopesar estos requerimientos en la presencia de Dios, sin que te importen jamás los respetos humanos o el qué dirán, pregúntate: ¿busco la santidad que Dios me pide? ¿Qué ejemplo descubren quienes me rodean? ¿Soy grato al Señor? El sabe que anhelas serle auténticamente fiel, pero ¿qué te falta para que sea íntegra tu fidelidad? ¿Te podría nuestro Dios repetir ahora, si te llamase a su presencia: **muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor**¹⁸⁶?

186. *Matth.* XXV, 23.

La misericordia divina es tan grande, que para entrar en el Cielo basta un acto de contrición perfecta, con su gracia, en el último instante de nuestro peregrinar terreno, como sucedió con el buen ladrón. Pero has de persuadirte de que el Señor te está enviando su gracia para que le respondas *hodie et nunc* —hoy y ahora— con una conversión de auténtica santidad, y no retrases el momento de pronunciar un sí a lo que te reclama en este instante. Así transcurrirá nuestra vida: de conversión en conversión, hasta la última. Tu biografía será: tuvo defectos y flaquezas, pero no pactó con esas remoras; fue de bien a mejor, hasta que al fin pudo confesar a Cristo, de veras, sin que fuera estorbo el peso de sus miserias: **Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo**¹⁸⁷.

- 43 Madre del Amor Hermoso, ¡enseñanos a amar a tu Hijo! San José, ayúdanos a tratar a Jesús en la Santísima Eucaristía y en la tarea cotidiana, con la confianza, veneración y cariño que tú le prodigaste en Belén y en Nazaret. Gracias a tu intercesión, nuestro Fundador dejó a Jesús Sacramentado en el primer Sagrario de la Obra. Por eso nos aconsejó siempre que acudiésemos a

187. *Ioann.* XXI, 17.

ti —ite ad Ioseph!, insistía— como maestro de la vida interior. Intercede ahora especialmente por nosotros, para que las acciones de gracias que elevamos a la Santísima Trinidad, al cumplirse el doble aniversario del 14 de febrero, cuajen en obras a lo largo de este año jubilar, y luego mientras caminemos por este mundo.

Con el fin de que efectivamente se cumpla así, os confío —entre otras muchas— tres aspiraciones mías, para que las transforméis en propósitos.

En primer lugar, ruego a Dios Nuestro Señor que el *alma sacerdotal* informe más profundamente a sus hijas y a sus hijos en el Opus Dei. En consecuencia, que aumente en todos el amor a la Santa Misa, y que esta pasión se manifieste en el afán de ofrecer nuestras obras, especialmente el trabajo bien acabado, en unión con el Sacrificio del Calvario.

Segundo, que el afán de que Cristo reine en todos los corazones nos impulse a poner los medios, con iniciativa personal, para que muchas almas participen de nuestro ideal y descubran la vocación a la Obra. **Caritas Christi urget nos**¹⁸⁸, el amor de Cristo nos urge a extender el Opus Dei.

188. *II Cor.* V, 14.

Finalmente, que todos intensifiquemos nuestra oración por los sacerdotes de la Obra, *para que sean muy alegres, muy santos*¹⁸⁹, y por todos los sacerdotes de la Iglesia, pidiendo a Dios que ensanche aún más la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y que se llenen los seminarios.

Para alcanzar estas intenciones, fijemos la mirada en Santa María junto a la Cruz de su Hijo. Ahondemos en su fe, en su fidelidad y en su fortaleza. Imitemos la entrega de su vida con Cristo, por amor, en silencio y en pie. ¡Cómo brilla en la Virgen Santísima el alma sacerdotal! Busquemos su protección y su amparo en el lugar donde la recibimos por Madre: con el Redentor que nos ha liberado.

Con todo cariño, os bendice vuestro Padre

+ Álvaro

Roma, 9 de enero de 1993.

189. De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 21.